

TÍTULOS DE LOS OBISPOS

LA veneración y alto aprecio que los fieles de todas las épocas de la Iglesia, principalmente los de la más remota antigüedad, han profesado á los ministros de Dios investidos de la augusta dignidad de sucesores de los Apóstoles, demuéstranos, entre otros testimonios, los varios nombres ó títulos que se les han dado.

Todos ellos expresan, ó lo sublime de su autoridad, ó la extensión de su poder, ó el respeto á su carácter, ó la importancia de sus funciones.

He aquí algunos de esos títulos:

1.º Desde la más lejana antigüedad fueron llamados OBISPOS, voz griega que significa *inspectores* ó *superintendentes*, porque presiden y gobiernan en la Iglesia.

2.º Los latinos les dan los nombres de PRÆSUL ó ANTISTES, para expresar su preeminencia en el templo y su presidencia en la diócesis.

3.º PONTÍFICES, de las palabras latinas *posse facere* (*poder hacer*), por sí y por sus sacerdotes, las altísimas funciones del sagrado sacerdocio de Jesucristo.

4.º PRÍNCIPES DE LOS SACERDOTES fueron llamados, para expresar la superioridad de su orden sobre el de los presbíteros y demás ministros inferiores.

5.º SUMOS SACERDOTES, PONTÍFICES MÁXIMOS, los llamaron los primeros fieles, para significar que en cuanto á la potestad de orden ó del sacerdocio ocupan el grado superior y el orden máximo de la jerarquía.

6.º Antiguamente se les llamó APÓSTOLES, que significa *enviados*, por la misión con que Jesucristo los envía á predicar en su nombre y con su autoridad el Evangelio. También los llamaron SUCESORES DE LOS APÓSTOLES é HIJOS DE LOS APÓSTOLES, porque les sucedieron en su autoridad y heredaron de ellos su misión.

Año I.—N.º 5

7.º DIOCESANOS, de la palabra *diócesis*, que significa el territorio episcopal en que gobiernan.

8.º ORDINARIOS, por su jurisdicción propia, concedida por el Derecho común de la Iglesia.

9.º LEGADOS DE CRISTO, porque son los representantes y ministros acreditados, por Nuestro Señor Jesucristo, cerca de los hombres de todos los tiempos y lugares.

10. PRÍNCIPES (sin otro nombre); PRÍNCIPES DEL PUEBLO CRISTIANO; PRÍNCIPES DE LA IGLESIA, por la preeminencia de su dignidad en la Iglesia ó en el reino de Cristo. Por esta misma razón la dignidad episcopal se llama PRINCIPADO; PRINCIPADO DE LA IGLESIA.

11. PADRES, porque su autoridad reviste todas las formas y caracteres de la paternidad espiritual con respecto de los pueblos.

12. MAESTROS Y DOCTORES DEL PUEBLO, porque á ellos incumbe enseñar la doctrina de salud é interpretar las Sagradas Escrituras, conforme á la fe y tradición de la Iglesia.

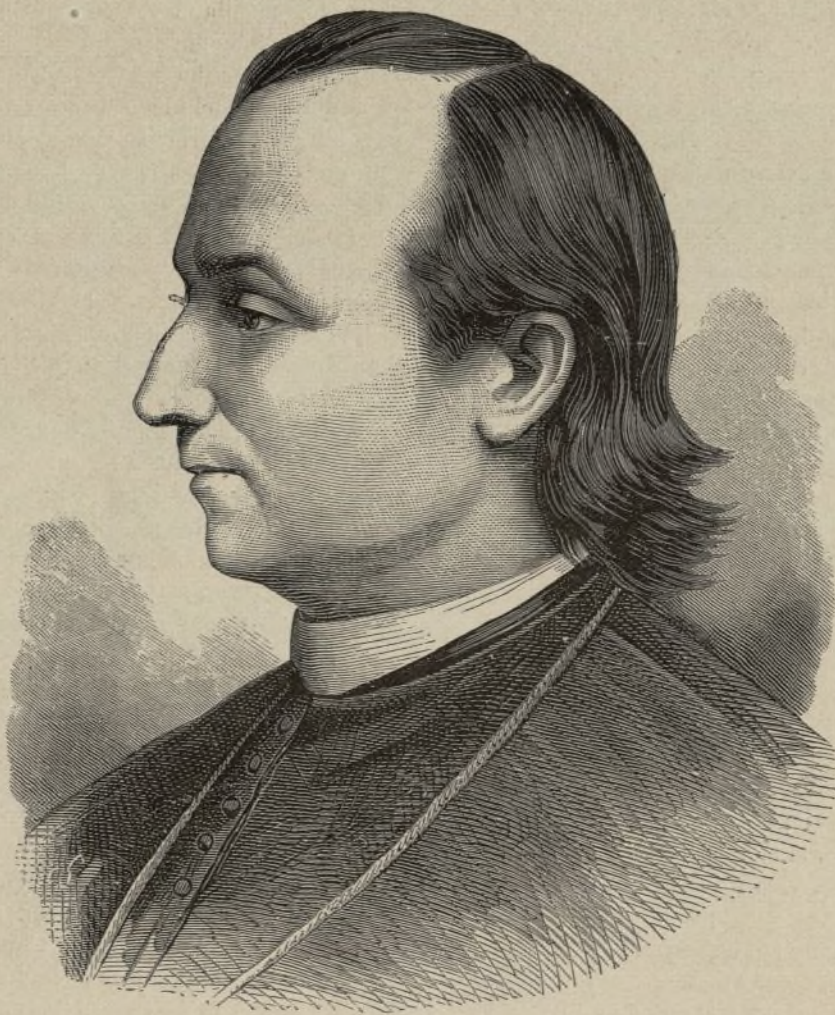
13. PASTORES, porque la Iglesia es el redil de Jesucristo, los fieles son sus ovejas, y los Obispos son quienes las alimentan con los pastos saludables de la verdad y del bien, las conducen por los senderos de la fe y de la virtud, y las defienden de asechanzas del lobo con el cayado pastoral, que representa todos los oficios del Pastor.

14. JUECES DE LA FE, porque definen la verdad, y anatematizan el error en materias religiosas.

15. CRISTOS Ó UNGIDOS DEL SEÑOR, por la unción sagrada que les transmite la plenitud de los poderes sacerdotales, y la augusta representación del Divino Maestro.

16. ANGELES DE LA DIÓCESIS. Así fueron llamados en el Apocalipsis, y los fieles reconocen en ellos los *guardianes*, *mediadores* y *custodios* de sus diócesis.

17. Se les dió el nombre de JERARCAS, que quiere decir *sagrados príncipes* ó *príncipes de las cosas sagradas*.



S. Ema. EL CARDENAL MERMILLOD. (Pág. 120)

1 Marzo 1893

18. PADRE DE LOS PADRES fué también llamado antiguamente el Obispo, para expresar que era como el *padre de los presbíteros y clérigos de su diócesis*.

19. PRÆLATUS, PRÆSIDENTS ECCLESIE, de las palabras latinas que significan *puesto en el primer lugar, sentado en la primera silla*, por su superioridad de jurisdicción en la diócesis.

20. CABEZA DE LA DIÓCESIS, porque el Obispo la dirige y vivifica en lo espiritual.

21. No son menos honrosos los calificativos ó tratamientos, que tanto en la Iglesia griega como en la latina, dan los fieles á los Obispos cuando se dirigen á ellos de palabra ó por escrito.

En la Iglesia griega, como lo atestigua la historia, se usaban adjetivos que, traducidos al español, significan: *honorabilísimos; amabilísimos á Dios; devotísimos; religiosísimos; purísimos Señores*.

En la Iglesia latina se les daban los títulos de *reverendísimos; santísimos; beatísimos; ilustrísimos señores*; y al hablar con ellos se les ha llamado *Su Santidad, Su Beatitud, Su Venerabilidad, Su Señoría*, etc.

Finalmente, la Iglesia, inspirada y guiada en todo por el Espíritu Santo, ha tratado siempre de enaltecer la dignidad episcopal con preciosas vestiduras, con honrosísimos emblemas é insignias, y con las demostraciones extraordinarias de la más profunda veneración. Todo esto, no tanto para honrar la persona del Obispo, ni al hombre que es elevado á aquella dignidad, sino á Jesucristo representado en esa persona, y al poder divino ejercido por aquel hombre.

En cuanto á las extraordinarias demostraciones de la más profunda veneración, deben distinguirse las que se le tributan por el clero y por los fieles.

En los actos pontificales, cuando el Obispo ejerce sus augustas funciones, los sacerdotes doblan ante él la rodilla, se inclinan profundamente, le inciensan, besan su mano, lo asisten y sirven aún en los más humildes oficios. En cuanto á los fieles, se inclinan respetuosamente ante él, besan con reverencia su anillo, y se arrodillan para recibir su santa bendición.

El espíritu del mundo, que prescinde de Dios en todos sus actos para no ver más que al hombre y á la materia, lleva muy á mal estos honores y demostraciones á los Obispos. Las califican de *vil adulación, abdicación innoble de la propia dignidad*, y aún de *culto idolátrico*; pues dicen que las demostraciones convenientes sólo al Sér Supremo, son tributadas á un hombre. Pero la Iglesia católica, que prescinde de la materia para vivir del espíritu, y que tributa á Dios no sólo el culto directo debido á su esencia, sino el indirecto debido á las representaciones suyas, que El mismo estableció en la tierra; reconociendo en sus Vicarios la divina personalidad de Jesucristo, tributa á Dios en ellos y por ellos el homenaje de su suprema veneración.

Muy lejos de creerse el fiel cristiano humillado y envilecido ante los representantes de Jesucristo, se estima al contrario muy exaltado y honrado, pues como dice San Agustín: «Nunca el hombre es más grande y noble, que cuanto más se anonada y humilla en presencia de Dios.»

CORRESPONDENCIA

PALESTINA

Nuevo convento de Religiosas en el Monte Carmelo.— Toma de hábito de una señorita europea

Un Religioso carmelita descalzo escribe desde el santo Monte Carmelo el 11 de Octubre de 1892:

HASTA ahora sólo los Religiosos moraban en este santo Monte, solar de nuestra familia, cuna de nuestra Religión; pero las Hijas de la gran Teresa, nuestra gloriosísima Madre, de corazón grande y valeroso como ella, venciendo obstáculos y dificultades, se han instalado en este santo lugar, fijando su modesto nido al pie del Monte Carmelo. Hace diez meses, ó sea el día 1.º del año actual, entraron en su pequeño convento siete Carmelitas descalzas, salidas del convento de Lyon, y anteayer, 9 de Octubre, aumentó el número con la toma de hábito de una elegante señorita de Francia.

Venida en la caravana del 91, quedó enferma en la hospedería del Carmelo, y manifestó entonces al confesor que hacía ya algunos años que tenía la idea de hacerse carmelita, y parece que comprendió que, al detenerla la Virgen aquí, la quería para hija suya en este lugar de su predilección. Admitida por las Religiosas, ha estado algunos meses de prueba, mostrando siempre con su contento y satisfacción que verdaderamente era llamada de la Madre de Dios.

Con algunos días de anticipación se preparó y adornó con exquisito gusto un local del convento bastante capaz, supuesto que no tienen todavía iglesia, y la capilla provisional no es mayor que la celda de un religioso. La fiesta fué solemne. A las tres de la tarde comenzó la función, y media hora antes ya había salido la postulante para recibir á los padrinos y ser después acompañada á la iglesia. Adornada como una princesa en el día de sus bodas, vestía un riquísimo traje blanco de larga cola, ciñendo su cabeza una preciosa corona de azahar y cubierta toda con un finísimo velo blanco. Eran sus padrinos el Vicecónsul de Holanda y la esposa del Cónsul de Francia en Caifa; asistiendo éste de uniforme, la Comunidad de Padres del Carmelo, con otros Padres Franciscanos, Jesuitas, sacerdotes griegos y maronitas, la aristocracia de Caifa y demás gente del pueblo, que atraídos por la curiosidad de una ceremonia nunca vista, vinieron á obsequiar á la joven postulante y á ser testigos del acto heroico que iba á hacer despreciando las riquezas y placeres del mundo, y trocando todas sus galas y vanidades por el tosco y pobre sayal de una carmelita descalza. El P. María Francisco, carmelita descalzo, le dirigió una plática patética y conmovedora, y luego dijo algunas verdades muy convenientes al auditorio que tenía. El Padre Vicario del Santo Monte Carmelo hizo las ceremonias de la vestición del hábito y velo, concluidas las cuales se expuso Su Divina Majestad, se cantaron algunos motetes y luego se dió la bendición con el Santísimo, concluyendo así la fiesta, tan consoladora para nuestras Carmelitas como grata á los demás asistentes.

Estas pobres Carmelitas están sufriendo, como todos los Religiosos, las arbitrariedades y despotismo del Gobierno turco, terrible enemigo de nuestra Religión y de todo europeo, porque aquí los seglares pueden edificar y reedificar sin dificultad alguna, pero los Religiosos ó Religiosas, de cualquier Orden que sean, necesitan comprar la licencia á peso de oro, y cuando con una suma considerable se ha obtenido el permiso para edificar, éste no vale más que para treinta ó cuarenta días, pasados los cuales le obligan á parar hasta que alcance otra licencia con otra suma considerable. Con estas licencias y otras circunstancias anejas al país, del cual no reciben la más pequeña limosna, las pobres Carmelitas no pueden acabar de construir su convento, y, faltas de recursos, han acudido al medio de dirigir una carta á todas las Carmelitas de Francia suplicando por caridad que las socorran aunque sea en cosa poca; así que están esperando de sus Hermanas y de alguna alma buena, á quien la Virgen del Carmen, nuestra amantísima Madre, toque el corazón, que las ayuden á cubrir sus necesidades, que no son pocas, como se puede comprender en el principio de una fundación, y más en un país como éste, en su parte mayor habitado por turcos. Confiamos en que la Virgen no las abandonará, moviendo algún corazón generoso á que las asista para que puedan con tranquilidad y sosiego entregarse á Dios almas tan puras, y agradar y deleitar á Aquel que tiene sus complacencias con los hijos de los hombres en este país donde tanto se le ofende.

TUNKÍN

Conversión de gran parte de los infieles de una residencia.—Medio de que Dios se valió.—Otras conversiones.

El P. Gregorio Carbajo, de la Orden de Predicadores, escribe desde Kim-bich, á su reverendo Padre Provincial:

COMENCÉ mi apostolado visitando las casas de los infieles que existen dentro del pueblo, dándome á conocer por este medio y enseñándoles poco á poco las verdades de nuestra Religión, especialmente haciéndoles ver cuán fácil les sería hacerse cristianos. A todo me respondían con buenas palabras, como suelen hacerlo siempre, pero nada más que palabras. Y es que todos los razonamientos y exhortaciones del hombre, por más elocuentes y patéticas que parezcan, son impotentes para atraer al corazón humano si el Señor no le mueve, el cual acostumbra á valerse de ocasiones propicias para conseguir este fin, como sucedió en este caso. Un padre de una familia gentil, hospedado á causa de su pobreza en casa de una familia cristiana, cayó enfermo de gravedad. Tenía un hijo cristiano tan fervoroso, que era la admiración de todos, el cual no hacía más que pedir á Dios la conversión de su padre y de toda la familia. Me aproveché yo también de la ocasión, y mandé un catequista para que le exhortase á abrazar la Religión y, para que en caso de que yo no pudiese ir, le administrase el Santo Bautismo.

No bien el catequista llegó á la casa del enfermo, vinieron á avisarme que se moría sin remedio, y que había manifestado deseos de recibir el Bautismo. Corrí

inmediatamente á su lado, le exhorté á convertirse y á ofrecer la muerte al Señor en satisfacción de sus pecados; y como á todo estuviese dispuesto, le administré el Santo Bautismo. Dichoso él; pues á los pocos momentos de ser reengendrado por las saludables aguas de este Sacramento, consiguió una muerte feliz. A los pocos días vino toda la familia del finado á pedirme que les admitiese como catecúmenos, y á los dos meses era ya cristiana. Después le siguieron unos treinta más, con lo que una de las dos partes en que está dividido el pueblo de mi residencia quedó hecha cristiana.

Había conseguido mi primer objeto, que era convertir el mayor número posible de los que tenía en mi derredor, y si bien faltaba aún la mitad del pueblo, parecía que todavía no había llegado su hora, pues por más que les exhortaba no hacían caso alguno de mis palabras. Una vez que un hijo intentó traer á su madre á la parte cristiana del pueblo, todos los parientes se opusieron, y se alborotaron todos los moradores del pueblo; así que me contenté con pedir por ellos á Dios y esperar mejor coyuntura.

Viendo que ya no se podía esperar más del pueblo de mi residencia, me dirigí á los de los alrededores que son paganos todavía. Entre ellos, el inmediato era tan pobre, que le era imposible pagar el tributo, y tenía que dispersarse entre los pueblos vecinos para procurarse el necesario sustento. Esta pobreza fué el medio de que Dios se valió para atraerlos á la verdadera Religión. Les exhorté á abrazar el Cristianismo, les expuse sus excelencias, y ellos me contestaban: «Padre ayúdenos en nuestra pobreza, y nosotros le obedeceremos.» Prometí ayudarles; pero les dije que no debían abrazar la Religión por motivos temporales, porque en este caso de nada les serviría el hacerse cristianos; que estudiasen primero la Religión para ver si tenían voluntad de convertirse, y que después cuando fueran hijos de la Iglesia, les ayudaría, miraría por ellos, y les protegería corporal y espiritualmente. Entre tanto me volví á mi residencia, aunque dejando entre ellos á un catequista para que les instruyese en las verdades de nuestra fe, y de este modo aprendiesen los verdaderos motivos que les debían guiar á abrazar la Religión. A los pocos días vinieron á mi residencia con un papel, firmado por la mitad del pueblo, pidiendo abrir una escuela para estudiar el rezo. Entonces les pregunté cuánto les faltaba para pagar la contribución, y me contestaron que sesenta y dos pesos. «Bien, les dije; cumplid lo que habéis prometido, y después veremos.» Me enteré por el catequista que aquel pueblo tenía una pagoda que deseaba vender, y un terreno muy á propósito para edificar iglesia. En vista de esto, les compré la pagoda en los sesenta y dos pesos que necesitaban, con el fin de hacer la iglesia con sus materiales, y además un pequeño terreno para que habitasen allí dos ancianos cristianos de mi residencia, procedentes de aquel pueblo, á quienes se les dió el encargo de edificar casa, donde pudiesen habitar los catequistas y aprender el rezo los catecúmenos. Llegado el día señalado comenzaron á derribar la pagoda, no sin tener que zanjar antes una pequeña cuestión sobre los ídolos; pues como la mitad del pueblo permanecía aún en su infidelidad, era un poco comprometido. Gracias á que tenían ya li-

cencia del mandarín, y que yo no compraba sino los materiales para servirme de ellos; pues de lo contrario, ni ellos hubieran podido destruirla, ni yo comprarla sin gravísimos inconvenientes.

¡Qué alegría tan grande para mí ver caer en mi presencia la pagoda y los ídolos, y levantarse en su lugar la casa del catequista, donde debían estudiar todos los catecúmenos!

En cuanto al tributo, un catequista se arregló para pagarlo, pues como el pueblo era tan pobre, no tenía confianza en el alcalde. Desde entonces me cobraron un cariño tan sincero, que no pensaban en otra cosa que en estudiar el rezo para poderse contar pronto en el número de los cristianos: así es que en menos de dos meses he podido bautizar á ochenta adultos, quedando todavía algunos que se estaban preparando mejor. El diablo no ha cesado de poner obstáculos y dificultades; pero gracias á Dios se han superado, y poco tiempo después bauticé otros veinte; de modo que la mayor parte del pueblo es ya cristiano, teniendo su iglesia, que por ahora es la misma casa de rezo. Se alaba á Dios día y noche en el mismo sitio donde poco antes se rendía culto á Satanás.

Viendo los restantes paganos que no les engañaba, y que á los bautizados no les había venido mal alguno, antes por el contrario estaban mucho mejor en el alma y en el cuerpo, se han determinado también á abrazar la Religión, y están actualmente aprendiendo el rezo; así que pronto será todo el pueblo cristiano. Se dirá tal vez que esta conversión no es sincera, pues ha sido por motivos terrenales. Efectivamente, al principio así fué, como suele ser con frecuencia, lo cual nos da que pensar muchas veces; pero no hay duda que éstos son medios de que Dios se vale para atraer á los hombres á su conocimiento; mas después rectifican estas intenciones, ya estudiando el rezo, ya al explicarles los misterios de nuestra Sacrosanta Religión, llegando poco á poco á comprender lo que antes ni siquiera habían imaginado.

En tanto que me ocupaba en la conversión de este pueblo, tenía también mi atención en otras dos partes donde restablecí una cristiandad decaída y ya casi perdida; fundé otras dos de nuevo, llevando ya bautizados más de cuarenta adultos. Son, pues, todos los que he bautizado este año ciento sesenta adultos. ¡Qué consuelo, P. N., para el misionero!

En medio de este movimiento que observaba en mi partido, ¡qué lástima me daba tener que dejarlo! Una vez comenzado, era de esperar la conversión de otros muchos; pero la necesidad de personal obligó á los Superiores á destinarme á otro lugar, que no se podía cubrir de otra manera; era la capital.

En este nuevo distrito había también dieciséis catecúmenos, que, gracias á Dios, ayer mismo bauticé, y hay esperanzas de que se conviertan muchos más; por ser un puesto donde siempre ha existido más ó menos movimiento hacia la Religión.

Al terminar, pido las oraciones de V. R. para mí, para toda esta grey y para tantas almas como están aún fuera del gremio de la Iglesia nuestra Madre.

OSAKA (Japón Central)

Progresos de la fe en el Japón

Admirables son los frutos de salud que produce en el Japón el celo de los misioneros europeos y de los catequistas indígenas. La carta que va á leerse del Obispo de Osaka muestra cómo, á pesar de grandes dificultades, la obra de Dios gana terreno en aquellas islas del Extremo Oriente, que con tanto entusiasmo han entrado en la senda del progreso.

EL año último el Japón Central pasó por un período de contradicciones, cada una de las cuales contribuyó en gran parte á que fuese más difícil el trabajo y menor el fruto que se esperaba. Desde luego, el estado sanitario dejó mucho que desear, pues no pocos sacerdotes y el mismo Obispo, tuvieron que permanecer largo tiempo en el Hospital de las Misiones Extranjeras, establecido en Hong-Kong. Los otros operarios evangélicos y gran número de catequistas pagaron tributo á una epidemia maligna de *influenza*, que interrumpió algunas veces el trabajo de evangelización.

Añádase á esto el malestar general y la falta de trabajo, que obliga á los japoneses á emigrar (en la isla de Yezo sobre todo). Así hemos visto desaparecer muchos neófitos, y sabido es que la marcha de varias familias basta á veces para disgregar una cristiandad naciente, y desalentar siquiera momentáneamente á los catecúmenos.

No me extenderé en pormenores acerca el estado de los ánimos, sobreexcitados durante este período, tanto por las conferencias políticas y la lectura de los periódicos, cada vez más numerosos y radicales (1), como por las primeras sesiones algo tempestuosas del Parlamento.

No acabaría nunca si quisiese dar cuenta de los manejos de los predicantes herejes para seducir á los incautos y entorpecer la obra católica. Los bonzos, por su parte, alarmados viendo que, á consecuencia de los progresos del Cristianismo, disminuyen las limosnas en que cifran su subsistencia; organizan gran número de conferencias «para combatir la doctrina de Jesús.» Sin embargo, ciertos hechos que revelan su poca honradez y moralidad, y diversas intrigas entre sectas rivales, acaban de merecerles, de parte del Gobierno, una reprensión severa que se ha hecho pública en los periódicos.

A pesar de estos diferentes obstáculos, brevemente resumidos, y de las antiguas prevenciones que todavía imperan en algunas provincias atrasadas, notamos ya en la opinión pública una corriente favorable al Catolicismo, como lo prueban no pocos hechos significativos.

A consecuencia de un atentado cometido contra el Czarewitch á algunas leguas de Kyoto, dispusiéronse oraciones públicas en los templos japoneses para pedir el pronto restablecimiento del herido y que se conjurase el peligro de complicaciones diplomáticas. Muchos paganos notables de Kyoto acercáronse á los misioneros,

(1) Para que pueda formarse idea de la influencia de la prensa en el Japón, citaremos sólo algunas cifras. En 1888 contábanse 511 periódicos; en 1889 hubo un aumento de 137, y en 1890 el número de publicaciones periódicas se elevó á 716.

suplicándoles tomasen parte en dichos actos de reparación, y convino que se celebraría una función religiosa el domingo de Pentecostés. Anuncióse el acto en los periódicos de la ciudad, y con grande asombro de los misioneros, que juzgaban asistirían únicamente los autores de la petición, vieron á gran número de paganos entre los concurrentes á la iglesia de San Francisco Javier, siendo de notar el presidente del Consejo general, varios consejeros municipales y una representación del Cuerpo médico. Durante la Misa cantada, sermón y Rosario por el príncipe herido y *pro pace*, todos guardaron una actitud la más respetuosa. Luego supimos que no hicieron petición de ninguna clase á los protestantes: así, pues, esta conducta de los paganos fué un

—Hemos ya intentado fundar una obra de este género, pero sin éxito. Si alguien puede llevarla á cabo, es la *Thenshukyo* (Religión católica): por tanto, se os deja en completa libertad.

En otra ciudad interior, á una joven empleada en la filatura de algodón, y cuya modestia contrastaba con la ligereza de sus compañeras, le decían con frecuencia:

—Debieras hacerte católica, ya que quieres vivir de esta suerte.

Estudió, en efecto, la Religión, y recibió el bautismo al mismo tiempo que su madre.

Si son pocos los paganos que, despreciando las preocupaciones, tienen valor suficiente para abrazar el Ca-



MONGOLIA ORIENTAL.—Martirio del sacerdote chino Lin en San-che-kia-tze, el año 1891. (Pág. 115)

espontáneo homenaje tributado á nuestra Santa Religión.

En Kyoto, la inauguración de una escuela que nos interesaba mucho, fué obra enteramente providencial. Un pagano que nos es muy adicto tomó el negocio por su cuenta: interesó á sus amigos y conocidos, y merced á la cooperación de todos se cubrieron los primeros gastos de instalación. Pocos años atrás semejante concurso hubiera sido imposible. Confiamos que la escuela de San Luís Gonzaga producirá los resultados apetecidos para bien de las almas.

Cuando pedimos en Osaka autorización para establecer nuestro huerfanato-taller para muchachos, nos dijeron los funcionarios:

tolicismo, por lo menos se habla de nuestra santa fe en términos favorables, y esto es ya un gran paso.

A fin de darnos á conocer por todos los medios posibles y corresponder á los deseos del Papa, que recomienda la prensa buena, empezamos el año último á publicar un sencillo periódico, titulado *Koye* (*La Voz*). Gusta mucho, y Dios mediante contribuirá por su parte á propagar nuestra Santa Religión.

Según recientes datos estadísticos, el Japón Central cuenta 3,115 cristianos, esparcidos en 13 distritos que encierran 41 cristiandades.

Tenemos 3 iglesias, 2 capillas y 31 oratorios instalados en casas japonesas.

Nuestras 8 escuelas comprenden 137 muchachos y 299 niñas.

El personal se compone de 1 Obispo y 20 misioneros europeos, secundados por 42 catequistas indígenas; 7 alumnos en el Seminario de Nagasaki; 15 Religiosas europeas y 4 novicias indígenas.

La cifra de bautismos se eleva á 591, á saber: 382 adultos, 26 herejes ó cismáticos convertidos, 131 hijos de paganos y 52 hijos de cristianos.

—

Gracias al cielo, los neófitos se van acostumbrando á la vida cristiana, y son el consuelo de los misioneros, dándose casos de conversión que asombran á los mismos paganos. Un joven que desde su bautismo era objeto de admiración de cuantos le conocían, todos los días tenía que oír recriminaciones de su madre budhista, que le reprochaba haber abandonado el culto de los ídolos.

—Madre mía, le dijo por fin, quisiera que antes de reprenderme por mi conversión, conociérais mejor la Religión cristiana. Después de mi bautismo, ¿qué notáis en mí de reprehensible? ¿No habéis dicho repetidas veces que estáis satisfecha ahora de mi conducta? Pues bien, esto es debido á que practico mi Religión. Sin embargo, como no quiero que sufráis por mi causa, si lo exigís absolutamente, renunciaré al Catolicismo, con la condición, empero, de que me autorizáis á vivir como cuando era pagano.

La madre del fervoroso neófito comprendió el sentido de las palabras de su hijo, y desde entonces le dejó en libertad de llenar sus deberes de buen cristiano.

Otro rasgo os mostrará cómo obra la gracia en ciertas almas generosas y rectas. Un catecúmeno, albañil de profesión, merced á sus ahorros había reunido quinientas pesetas, verdadera fortuna para un japonés de su clase. Nunca tuvo más que una mujer, cosa rara entre las gentes del pueblo, y hacía doce años vivían dichosos, con los tres niños que componían la familia. La mujer vivió antes con otros dos maridos, que se cuidan muy poco de ella.

El buen albañil, después de oír algunas conferencias religiosas, comprendiendo donde estaba la verdad, estudió con celo, y al cabo de dos meses sabía perfectamente el Catecismo y las oraciones. No obstante estas felices disposiciones, temía el misionero que la dificultad matrimonial impediría fuese constante el nuevo catecúmeno. Mas felizmente no sucedió así, pues éste exhortó á su mujer á que estudiase el Catolicismo, para regularizar así su situación. Chocó, empero, con dificultades harto prolijo de referir: la mujer desde entonces hizo insoportable la existencia á su marido; blasfemaba contra el Dios de los cristianos, arrojaba al fuego los libros de Religión, y hacía trizas los rosarios del catecúmeno.

Desolado, vino éste á encontrar al Padre, y le dijo:

—Quiero absolutamente ser cristiano para salvar mi alma, y puesto que mi mujer se niega á oír razones, voy á despedirla.

El misionero le exhortó á que tuviese paciencia algún tiempo más, y á que redoblase sus oraciones. Todo fué inútil: la mujer no cesaba de echar maldiciones á

su marido. Este, agotados los medios de persuasión, le dijo:

—No puedo salvarme contigo, y puesto que rehusas oír hablar de Religión, sal de casa: ya tomaré á mi cargo la educación de los hijos.

—Carezco de asilo, y por lo tanto no me iré.

—Toma mis ahorros, y vete donde quieras.

—Estoy aquí hace doce años, y no quiero marcharme.

—En tal caso, te dejo con el menaje y dinero, y me iré yo.

Viéndole tan decidido, la mujer propuso un arreglo.

—Estudiaré la Religión, y si creo en ella, me haré cristiana; en caso contrario, partiré.

Vuelve á reinar la paz en el hogar, la mujer deplora su conducta pasada, y Dios mediante desaparecerán pronto todas las dificultades, con sumo regocijo de ambos cónyuges.

—

Nuestros neófitos son muy devotos del Rosario y de Nuestra Señora de Lourdes. La Santísima Virgen corresponde de una manera visible, como lo prueban los hechos siguientes que me limito á referir, sin pretender calificarlos de milagrosos en el rigor de la palabra.

Un pagano tenía un hijo tuerto, y se temía con fundamento que quedase ciego. Un cristiano de la familia, que había oído hablar con frecuencia de Nuestra Señora de Lourdes, pidió al misionero un poco de agua de la Gruta. El catequista humedeció con ella el ojo enfermo, é inmediatamente mejoró de suerte que el médico declaró no había ya peligro.

Otro niño de tres años, á causa de un absceso en la lengua, no podía comer ni abrir la boca. Su estado inspiraba serias inquietudes, pues padecía un hambre atroz y no cesaba de gritar. El catequista del pueblo, advertido del caso, propone á los padres recurrir al agua de Lourdes.

—Es inútil, contestan los infelices paganos; nuestro hijo se muere: los médicos no conservan esperanza alguna.

El catequista obtiene, sin embargo, permiso para intentar algo. Con asombro de todos el niño abre la boca, pasa gustoso el agua que le presentan, y en seguida pide leche. Pudo comer y beber, y sanó perfectamente.

Es de esperar que estos favores de la Santísima Virgen darán por resultado que se conviertan las almas á su Divino Hijo.

—

El año pasado tuvimos el consuelo de que terminasen las vejaciones de todo género de que meses ha eran víctimas los neófitos de Hagamura. Este pueblo, patria de San Jaime Ichskawa Kizaemón, uno de los veintiséis Mártires japoneses de 1597, cuenta con descendientes del Santo Mártir: treinta de ellos han recibido ya el bautismo. Excitados por los bonzos, los paganos de la localidad se declararon enemigos de los neófitos; rehusaron tener con ellos relación alguna; les prohibieron tomar agua de los pozos públicos, y aun se trató de expulsar á una excelente familia, porque era su casa el punto de reunión de los cristianos.

Inútiles fueron cuantas reclamaciones se hicieron á la policía, pues el alcalde, personaje influyente, quería á toda costa salvar á su pueblo de la *invasión católica*, y favorecía la persecución.

La Providencia tomó á su cargo salir á la defensa de los suyos. En una época en que el cólera hacía estragos en los alrededores, quedó indemne el pueblo de Hagamura. Unicamente el alcalde, enemigo del nombre cristiano, sucumbió al azote. Otro promovedor de la guerra contra los neófitos, murió víctima de asquerosa lepra en el hospital. La desaparición de estos adversarios y diversos incidentes favorables movieron á los paganos á variar de sentimientos, y aun se mostraron más afables que antes con los católicos.

La ciudad de Okayama cuenta también con descendientes del sobredicho San Jaime. La habitación que les sirve de capilla, hace años que es insuficiente para aquella cristiandad, y pedimos se nos proporcionen los recursos necesarios para la construcción de una iglesia.

Desde el punto de vista espiritual, el asilo para huérfanos en Osaka nos ofrece muchos consuelos. La acción de la gracia es visible en el alma de aquellos pobrecitos: reina entre ellos una piedad sincera, y se esfuerzan para hacerse dignos de acercarse con frecuencia á la Sagrada Mesa. Saben quienes son sus bienhechores de Europa, y ruegan por ellos. Recientemente, en una reunión del domingo, durante la cual los de mayor edad dirigen por turno una alocución á sus compañeros, uno de los tiernos oradores exclamaba:

—No tenemos padres, ó por lo menos no los conocemos. Mas el *Padre* hace sus veces y nos educa con las limosnas de los cristianitos de Europa. Debemos, pues, gratitud á nuestros bienhechores, y rogar por ellos.

Los estudios de los japoneses, dirigidos por un maestro indígena experimentado, nada dejan que desear, como lo ha demostrado un reciente examen.

Nuestro objeto es poner á estos niños en estado de ganar honradamente su subsistencia, y fundar con el tiempo familias cristianas. Un taller de carpintero que montamos al principio, ha dado ya excelentes resultados. Los primeros socorros que recibamos, los invertiremos en talleres para sastres y zapateros.

Nuestras escuelas, lo mismo que los asilos para niñas huérfanas, que dirigen las Religiosas del Santo Niño Jesús, continúan su obra bienhechora y de fecundos resultados, que aumentarán considerablemente así que los recursos nos lo permitan.

FERNANDO POO

Primera Comunión de niños indígenas.

El Rdo. P. Armengol Coll, misionero del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Santa Isabel el 14 de Diciembre de 1892:

Muy amado Padre: Largo tiempo he pasado sin dar á V. noticias de estas Misiones, no ciertamente porque no tengamos qué decir, sino porque, atareados en nuestros trabajos, no siempre tenemos ocasión de escribirle.

Acabo de pasar un mes largo en las Casas de Elobey, Corisco y Cabo de San Juan. En la primera, di ejercicios á nuestra Comunidad; en la segunda, los di á los Padres y Hermanos allí residentes y á las Hermanas Concepcionistas; y, por último, preparé para la primera Comunión á unos veintidós niños de ambos sexos. Una palabra sobre este acto, que fué muy tierno.

Como niños y niñas entienden bien el español, las verdades pénétraron hasta lo más hondo de sus corazones, de donde se siguió un cuidado esmeradísimo en limpiar sus conciencias antes de acercarse á la Sagrada Mesa. Llegado el día prefijado, recibieron á primera hora los Santos Sacramentos varios indígenas, hombres y mujeres; luego se cantó Misa, y al llegar á la Comunión, después de una cortita plática, se acercaron al sagrado Convite de dos en dos, primero los niños y luego las niñas, con un recogimiento y fervor cual pudiera desearse del niño europeo mejor dispuesto. ¿Qué le dirían á Jesús aquellos sencillos corazones al tenerlo consigo? ¡Cuánto debió hermoear sus almas en aquella hora! Concluída la Santa Misa, se ordenó una procesión, la cual, aunque sencilla, llenó de entusiasmo á aquellos pobres isleños, algunos de los cuales desde sus filas hacían señas á otros para que asistiesen, como lamentándose de que no tomaran parte en una función para ellos tan nueva y solemne.

Pasé, finalmente, á la Casa de Cabo de San Juan, cuya Comunidad había hecho ya los Santos Ejercicios, y después de haberme enterado del sitio á que nuestros Padres trasladan la Casa á fin de evitar enfermedades y alentar á los niños allí educados con premios venidos de la Península, recibí una visita del rey de Uloba, pueblo pamue en donde tenemos una estación (1), situado á unas tres horas de la Casa-Misión. Manifestóme los vivos deseos del pueblo de que fuese el día siguiente á confirmar á los nuevos cristianos que allí hay, y mandase un catequista para residir allí fijamente. Eran cerca de las cuatro de la tarde del sábado 26 de Noviembre, y por algunos momentos estuve indeciso sobre si accedería ó no á su demanda, pues no había preparativo alguno, y por otra parte, la distancia no era corta. Pero considerando que obligarles á venir á confirmarse en la Casa era exigir de ellos mucho sacrificio, y, por otra parte, no sabía cuándo se me ofrecería de nuevo ocasión propicia para realizarlo, determiné partir con el P. Daunis y hacer el viaje en un pequeño bote. La Divina Providencia velaba por nosotros; de lo contrario, no sé lo que hubiera sucedido. Por dos veces se nos quedó el bote embarrancado entre piedras, en medio de unas olas espantosas que rompían allí mismo, y parecía que iba á anegarnos ó á estrellar la pequeña embarcación.

Desde que resido en estas Misiones, jamás me había visto en semejante peligro. Pero gracias á Dios y á nuestra Santísima Madre, no sólo salimos de los malos pasos, sino que ni una gota de agua entró en el bote. Llegados á la playa nos dirigimos á nuestra pobre residencia, junto á la cual está la iglesia cubierta de

(1) Llámase estación la casa ó iglesia que el misionero tiene para su residencia durante los días que permanece en el pueblo para instruirle.

bambú, pobre, pero espaciosa. No habíamos descansado un cuarto de hora cuando nuestra habitación, entarimada con madera del país y levantada medio pie sobre el nivel del suelo, se llenó de indígenas de toda edad y sexo. Habíamos dado orden de que viniesen á inscribir su nombre los bautizados, y en tropel se aglomeraron para cumplir con la invitación. Fueron en número de treinta. Después de esto, como se presentaran tres niños en disposición de recibir el Santo Bautismo, comencé á examinarlos y darles al objeto la última instrucción. Fué para mí un rato de verdadero recreo. Se había ya retirado la multitud, y con ella el ruido. Sentado en una silla vieja ante una mesa tosca, rodeado de indígenas medio vestidos, deseosos de participar de las verdades que se proponían á los tres catecúmenos, les di una breve conferencia. Al día siguiente, después de celebrar los dos misioneros, bauticé á los tres catecúmenos mientras el P. Daunis recibía las confesiones de los adultos que habían de ser confirmados. Luego comenzó la ceremonia, previa una cortita plática alusiva al acto, quedando aquellas pobres gentes altamente satisfechas. Así quedó cumplida la primera parte de la demanda del rey; la segunda, á no presentarse algún obstáculo imprevisto, cuando V. lea la presente la habrán conseguido también; pues en el próximo correo irá el joven que ha de servirles de catequista. He aquí, querido Padre, una sencilla relación de nuestros trabajos durante el mes pasado. Quiera el Señor darnos á todos la santa perseverancia: á los misioneros para cumplir los propósitos de los santos ejercicios, y á nuestros queridos neófitos para no faltar á las solemnes promesas que hicieron en el Bautismo.

ÁFRICA ORIENTAL

Últimas noticias de Uganda

Nos llegan importantes noticias de la Misión tan perseguida de Uganda. Sabido es que dos Padres deben permanecer entre los católicos de la capital, Rubaga, mientras que sus compañeros, y con ellos el Ilmo. Hirt, se dirigen á Buddu, país señalado á los católicos por el capitán Lugard. Uno de estos Padres, el reverendo Guillermain, envía á su Superior general desde Rubaga, el 9 de Julio de 1892, nuevas noticias de sus cristianos. Como se verá,

la mayoría de católicos rehusa abrazar el Protestantismo, y parece que los autores de la persecución se avergüenzan ya de su obra. Esperemos que Inglaterra considerará un deber reparar el daño cometido en su nombre.

El Ilmo. Livinhac, al transmitirnos esta carta, añade que «la caravana de abastecimiento que partió de Zanzibar en Julio, llegó á mediados de Octubre al Sur del lago Victoria. El Ilmo. Hirth, que se encontraba allí, esperaba poder llevar en Diciembre los efectos más indispensables á nuestros compañeros del Norte del Nyanza.»

ESCRIBO á V. I. desde Rubaga. Nada os diré de mi profunda tristeza al entrar de nuevo en la capital de Uganda. A las bellas empalizadas de otro tiempo, han substituído impenetrables malezas. La residencia real aparece silenciosa y solitaria. Toda la animación y vida se ha concentrado en Kampala, convertida en centro de una populosa ciudad musulmana, sobre la que ondea el pabellón rojo ostentando la media luna. En los caminos encuéntranse á cada paso bagandas musulmanes que pasan con los dedos las cuentas

de su rosario, ó recitan versículos del Corán. El barrio de los wangwanas es ahora una sentina de inmoralidad.

Se ha dado á los baadis (musulmanes) el Kyalo de Natete, y han recibido además los cargos de Kitunzi, de Katambala y de Kasuju. Mboogo, su antiguo rey, encuéntrase en Nateete. Por el momento los católicos viven tranquilos en su provincia de

Buddu. Nosotros en la capital no cesamos de protestar, siempre que se nos ofrece ocasión propicia, contra las condiciones que se les han impuesto. El Sr. Stokes, nos ha dicho que sabía por el Rdo. Ashe que el tratado impuesto á los católicos Inglaterra no lo consideraba valedero sino por dos años. Hasta entonces no dejaremos de hacer presente á estos señores del fuerte que han cometido una injusticia dando seis provincias al partido protestante, tres al musulmán, y una sola al católico, cuando éste es más numeroso que los otros dos juntos.

El capitán Williams rehusa absolutamente poner un oficial inglés á la cabeza de la provincia de Buddu. Quiere que todos los negocios se traten en la capital; mas como los fieles están representados por un solo gobernador de provincia, síguese de allí que, en las deliberaciones, los protestantes salen siempre ganando, y se entrometen en los asuntos de los católicos. Para atenuar todo lo posible semejante abuso de fuerza he-



TÚNEZ.— Bab-el-Tunis, puerta de Keruán. (Pág. 111)

mos resuelto permanecer aquí, con visible disgusto de los ministros protestantes, que no se atreven, sin embargo, á pedir que se nos eche fuera. Nuestra estancia en esta ciudad no tiene solamente por objeto la defensa de los intereses temporales de los católicos, sino ejercer también para con ellos las funciones del santo ministerio. Pokino, en efecto, jefe católico de Buddu, reside en la capital con algunos de sus adictos; y además gran número de católicos parten de Kyawe para dirigirse á la citada provincia. De esta suerte nuestra estación es visitada periódicamente por centenares de neófitos de tránsito por la capital, que se aprovechan de la estancia en esta Babilonia de dos sacerdotes.

Anteayer fui á ver á Mwanga, quien parece no se ha declarado aún oficialmente por el Protestantismo. ¡Desdichado Rey! El mismo se llama humildemente el servidor de Kampala. Lo extraordinario, y que parece efecto de la gracia, es que casi todas las mujeres del palacio permanecen adictas á nuestra Santa Religión,

mayor trabajo, pues son considerables los desperfectos. El capitán Williams se esfuerza en hacernos olvidar el daño que nos ha causado; muéstrase complaciente, y envía sus wangwanas al bosque á cortar la madera necesaria para nuestras construcciones. El Katikivo y los jefes protestantes ven con despecho que reconstruimos las casas que ellos quemaron; pero no se atreven á oponerse abiertamente á la voluntad del capitán.

UNA EXCURSIÓN POR GALILEA

(Continuación)

Con fecha de 19 de Diciembre de 1892, escribe desde San Juan de Judea el Rdo. P. Agustín Azpiazu, M. O.:

AL hacerse de día nos pusimos en marcha, y atravesando la ciudad de Naplusa por sucias y tortuosas calles, entramos en una buena carretera que al parecer se dirigía á Cesárea; pero suspendida



TÚNEZ.—Zankat-Tuila, calle mayor de Keruán. (Pág. 111)

y con mayor ardor aún que antes de nuestras desdichas. Han declarado á Mwanga que huirían todas á Buddu si se quería obligarlas á hacerse protestantes. Rehusaron con entereza los libros heréticos que fué á ofrecerles un ministro protestante, y me han hecho pedir veinte Catecismos.

El capitán Lugard ha partido para la costa. Ignoramos lo que es capaz de inventar contra nosotros á fin de excusar su conducta; pero con nuestras cartas, exactas en todo, le será fácil á V. I. restablecer la verdad.

Tengo por compañero al excelente P. Gaudibert. En la posición difícil en que nos encontramos, ya comprenderá V. I. que necesitamos no poco espíritu de fe y buena dosis de valor. Dígnese, por lo tanto, pedirlos por nosotros al Sagrado Corazón.

Ahora estamos atareados con la reparación de nuestras casas arruinadas de Rubaga. El almacén en que salvamos nuestras vidas nos servirá de capilla, por tener ya terminado el techo. Las otras casas requieren

su construcción, hállase abandonada, como tantas otras obras, á causa de la natural indolencia y abandono sumo de la gente mahometana. Durante nuestra marcha por la carretera á cada paso encontrábamos mujeres turcas que, con canastas llenas de frescos higos, se dirigían á la ciudad. Al divisarnos aquellas pobres mujeres, prorumpían en maldiciones y execraciones tan horribles contra nosotros y contra nuestra Santa Religión, que no parecía sino que el infierno entero se había desencadenado. En parte ninguna he visto el fanatismo musulmán á tan alto grado de exaltación como en Naplusa. Nosotros, lejos de exacerbarnos, nos apiadábamos de aquella pobre gente sumida en la ignorancia, y pedíamos al Señor que las iluminase con la luz de la verdad, á fin de que conociendo el error abrazasen la verdadera doctrina.

Saliendo de la carretera, nos dirigimos hacia la derecha por una senda, y atravesando montes y valles, después de dos horas nos encontramos ya al pie de un

montecillo sobre el cual existen los restos de la antigua ciudad de *Samaria* (V. el grabado de la pág. 112), que más tarde, amplificada y lujosamente adornada y embellecida por Herodes, se llamó *Sebaste*, esto es, *Augusta*. Subiendo una cuesta, al poco rato estábamos en medio de unas casuchas que ocupan una parte de la antigua y hermosa ciudad que fué corte de los reyes de Israel.

Samaria trae su origen de *Somer*, rey de aquellas montañas, nombre que éste á su vez tomó derivándolo del monte *Someron* donde habitaba. En el libro III de los Reyes, cap. xvi, hallamos escrito: «El año trigésimoprimer del reinado de Asa, rey de Judá, Amrí reinó en Israel doce años; en Thersa reinó seis años. Y compró de *Somer* el monte de *Samaria* por dos talentos de plata; y á la ciudad que allí edificó puso el nombre de *Samaria*, del nombre de *Somer*, dueño del monte.» Desde entonces la corte de los reyes de Israel fué *Samaria*, muchas veces embellecida y otras tantas arruinada; pasando por varias vicisitudes, llegó hasta el reinado de Herodes el Grande, que le devolvió su antiguo esplendor y llamola *Sebaste*, nombre griego que significa Augusto, en honor de Augusto, que le concedió la ciudad. En *Samaria* celebró Herodes sus nupcias con la infortunada *Mariamne*, y en el propio lugar hizo estrangular á sus dos hijos *Alejandro* y *Aristóbulo*, que había tenido de ella. El mismo Herodes después de cometer muchos y horrendos crímenes, y de haber derramado tanta sangre, de los propios y extraños, entre ellos los Santos Inocentes, fué á *Sebaste* á acabar sus tristes días con una asquerosa enfermedad y en una horrible desesperación. Así murió el primer perseguidor de Jesús.

Después del martirio de San Esteban fué San Felipe á la ciudad de *Samaria* á predicar la doctrina de Jesucristo, é hizo allí muchos milagros. La gente del pueblo, viendo los portentos obrados por aquel Apóstol, se convirtió en gran número. Cuando los Apóstoles, que estaban en Jerusalén, llegaron á saber que los de *Samaria* habían recibido la palabra de Dios, enviaron allí á Pedro y á Juan para que impusiesen las manos sobre los creyentes é hiciesen descender sobre ellos el Espíritu Santo. Entonces fué cuando Simón Mago ofreció dinero á los Apóstoles, para tener como ellos la potestad de dar el Espíritu Santo con la imposición de manos. Pedro le respondió: *Pecunia tua tecum sit in perditionem; quoniam donum Dei existimasti pecunia possideri*: «Tu dinero sea contigo para perdición, porque has creído que el don de Dios se adquiere por el dinero.»

En los antiguos Concilios se hace mención de varios Obispos de *Samaria*, y entre ellos de uno llamado *Mario*, que asistió al de Nicea. Los cruzados restablecieron el obispado en aquella ciudad el año 1155. En *Samaria* existían los sepulcros de los profetas *Abdías* y *Eliseo*, como también el de San Juan Bautista; aun se veían en tiempo de San Jerónimo, y Santa Paula fué á aquella montaña á visitarlos.

Sabemos que el Santo Precursor de Jesucristo fué degollado en el castillo de *Maqueronte* por orden de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea. Sabemos asimismo que su sagrado cuerpo fué sepultado por sus discí-

pulos. Pero el Texto Sagrado no nos dice á dónde fuese transportado dicho cuerpo, ni dónde fuese sepultado. La tradición cristiana, sin embargo, constante desde los primeros tiempos de la Iglesia, ha señalado siempre en *Samaria* el sepulcro del gran Bautista. Cuando el apóstata *Juliano*, digno émulo de los más crueles perseguidores de la Santa Iglesia, pretendía borrar de la superficie de la tierra el nombre cristiano, nadie dudaba, ni aun los mismos gentiles, que el cuerpo del Bautista descansaba en *Samaria*. Pruébalo que los paganos que en aquel tiempo allí habitaban, creyendo prestar un gran servicio á su apóstata Soberano, y excitados por su diabólico ejemplo de destruir todo lo sagrado y todo lo santo, violaron el sepulcro del Bautista; extrajeron las santas reliquias, mezcláronlas con huesos de inmundos animales, quemáronlas, redujéronlas á cenizas y las esparcieron por los campos. ¡Digna hazaña de los adoradores del apóstata Emperador!...

Dios, que por los pecados del mundo permitió aquella horrible profanación, no quiso que las preciosas reliquias se perdiesen del todo. Unos monjes que en aquella ocasión se encontraban en la ciudad con el piadoso objeto de visitar y venerar los sagrados restos del santo Precursor Juan, exponiendo sus vidas á inminente peligro, mezcláronse entre la turba profanadora, y consiguieron apoderarse de algunas reliquias que trasladaron á Jerusalén, y entregaron á su abad llamado Felipe, el cual las envió á San Atanasio. Este santo Doctor las escondió como pudo dentro de los muros del templo de Serapis en Alejandría, y allí estuvieron guardadas hasta que Teodosio lo demolió y edificó en su lugar una magnífica iglesia dedicada á San Juan Bautista, donde fué depositado tan precioso tesoro. Créese que la cabeza del santo Precursor estuvo largo tiempo en Jerusalén, recogida acaso y custodiada por los cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia. En tiempo del gran Constantino fué llevada á Emesa de Fenicia, y en 453 hallóla el abad Marcelo dentro de una caverna. La mayor parte de los referidos restos fueron trasladados á Constantinopla, y de aquí pasaron algunos de ellos á las iglesias de Occidente. Una parte de la cabeza del Bautista se halla en Roma, la otra en Amiens; los demás restos se conservan en Malta y en otros varios puntos; sus cenizas se encuentran en Génova; y la piedra de la prisión teñida de sangre, en la iglesia de San Marcos de Venecia.

En la parte anterior de la montaña de *Someron* (*Samaria*) se admiran aún las imponentes ruínas de la hermosa iglesia que los Caballeros de San Juan habían levantado sobre la tumba del Protector de su Orden, aprovechándose para ello de los restos del palacio de Herodes. La iglesia tiene ciento cincuenta pies de largo por setenta y cinco de ancho, y la altura debió de ser proporcional, á juzgar por los elevados muros que aun se conservan y dan testimonio inequívoco de la esbeltez y magnificencia de aquel edificio cristiano.

Llegamos, pues, como ya dije, á la ciudad de *Samaria*, y frente á las ruínas de la mencionada iglesia nos apeamos; atamos las riendas de nuestras cabalgaduras á los troncos de las *chumberas* (higos chumbos) que allí crecen con maravillosa exuberancia; dejamos á un

hombre para guardarlas, pues de otra suerte nos exponíamos á quedarnos sin ellas; dimos *bacris* (regalo) al turco santón que ocupa las ruínas y guarda los sepulcros de los Santos, y entramos en el recinto. Lo primero que encontramos fué la *escuela municipal* de la misera población de Sebaste. Una docena de chicos andrajosos, divididos en dos secciones, cada cual con su tabla en la mano izquierda y una pluma de caña en la derecha, sentados en el suelo, aguardaban la voz del maestro para escribir al dictado algún embrollado pasaje del Corán. Apenas entramos, el maestro dió permiso á sus discípulos para salir á divertirse un poco. Los chicos, que no deseaban otra cosa, en un momento tiraron sus tablas y sus cañas, y en confuso torbellino é infernal algazara corrieron hacia fuera.

Provistos de una candelilla nos guió el *turco santón* á una puertecita que con trabajo pudo abrir. Bajamos por una estrecha escalera á un oscurísimo subterráneo, donde nos encontramos frente á frente de los sepulcros ya citados, es decir: de Abdías y de Eliseo, profetas, y de San Juan Bautista. Como los restos de aquellos dos Profetas fueron violados, quemados y arrojados por los campos juntamente con los del Bautista, naturalmente encontramos vacíos los sepulcros. Si damos crédito á los habitantes de Sebaste, el sepulcro del medio será el de Abdías; el de la mano derecha, de Eliseo, y el de la izquierda, el de San Juan Bautista. Veneramos con religiosa devoción aquellos tres sepulcros, por largo tiempo depositarios de tan sagradas reliquias, oramos para ganar las indulgencias, y nos despedimos de aquel subterráneo venerando.

Montados á caballo, quisimos recorrer todo el circuito de la antigua ciudad para contemplar las vastas ruínas que, esparcidas en una dilatada extensión, dan testimonio auténtico de la opulencia y de la grandiosidad de los edificios que un tiempo existieron, y pudieron rivalizar con los de Roma. Las ruínas de los templos y de los palacios de Herodes, y las de los paseos públicos, cubren gran parte del terreno. Por todas partes se presentan largas hileras de columnas, unas en pie, y muchas medio sepultadas. Los restos de la antigua Samaria yacen en la pendiente de las colinas; grandes masas marmóreas han rodado hasta el fondo del valle; y por todos lados no se ve sino montones de ruínas y desolación completa.

Más de una hora caminamos para dar la vuelta á la antigua ciudad y volver al punto de partida; en pocos momentos recorrimos también la actual Sebaste, miserable aldea de poquísimas casas, ó más bién tugurios formados de tierra y de escombros, que mejor pudieran servir de habitación á salvajes animales que á personas racionales.

Concluyamos esta carta, y también la relación de Samaria con palabras de los profetas Oseas y Miqueas: «Samaria hizo desaparecer á su rey como espuma sobre la superficie del agua. Los lugares altos consagrados á los ídolos, pecado de Israel, serán devastados; lampazos y abrojos crecerán sobre sus altares. Pondré á Samaria como montón de piedras en el campo cuando se planta la viña; y arrojaré sus piedras en el valle, y descubriré sus cimientos.»

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL Rdo. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

VII

La seguridad en Túnez.—Causas que retardan la colonización. Los nómadas.—Los ratones.—Los gorriones.—Las avispas.—Las langostas.—El siroco.—La arena.—Los monumentos megálitos.—Zaghuán.

EL territorio que se extiende desde Túnez al Enfida por Keruán, no es el único que puede ser objeto de ventajosa explotación. Fáltanles, sin embargo, vías de comunicación que den fácil salida á sus productos, pues en la Regencia de Túnez únicamente las ciudades del litoral y sus alrededores progresan algo merced al protectorado. Todo el centro y el Sur, esto es, las nueve décimas partes del país, están vírgenes aún de la influencia civilizadora de Francia, si se exceptúa la seguridad que los puestos militares proporcionan á las personas y propiedades. Los oficiales, á quienes se debe este resultado, lo han obtenido más bién por su espíritu de justicia que por el terror del sable. Los árabes los temen y aman al mismo tiempo, acudiendo á ellos para que juzguen sus discordias domésticas.

—Valéis más que nosotros, les dicen; sois hombres rectos. Con sólo que dijeseis: «No hay más que un Dios, y Mahoma es su profeta,» nos precederíais en el paraíso.

Mas ¡cuántas llanuras inmensas, productivas, sanas, se sustraerán todavía por largo tiempo al trabajo fecundante del azadón y del arado á causa de su aislamiento y de los vastos desiertos que las rodean!

Soberbias colinas y risueños valles llenos de ruínas, que demuestran su antigua riqueza, no tienen ni siquiera un colono. Es preciso construir desde luego carreteras, y sobre todo ferrocarriles.

En Argel, por ejemplo, la llanura de Mitidja no era otra cosa que un terreno palúdico antes de inaugurarse el camino de hierro, y no existían Buffarik ni Marengo. Así una vía férrea desde Túnez á Sussa, y desde Sussa á Gafsa por Keruán, cambiaría en pocos años el aspecto del país; entregaría extensos campos á la colonización, la agricultura y la industria, permitiendo la explotación de canteras, minas y fuentes de aguas termales, más abundantes aquí que en cualquier otra parte del mundo.

No puede menos de experimentarse un sentimiento de tristeza cuando se viaja durante ocho días por una región naturalmente fértil, sin hallar otro núcleo de población que algunos nómadas que han agrupado sus tiendas al rededor de un pozo solitario.

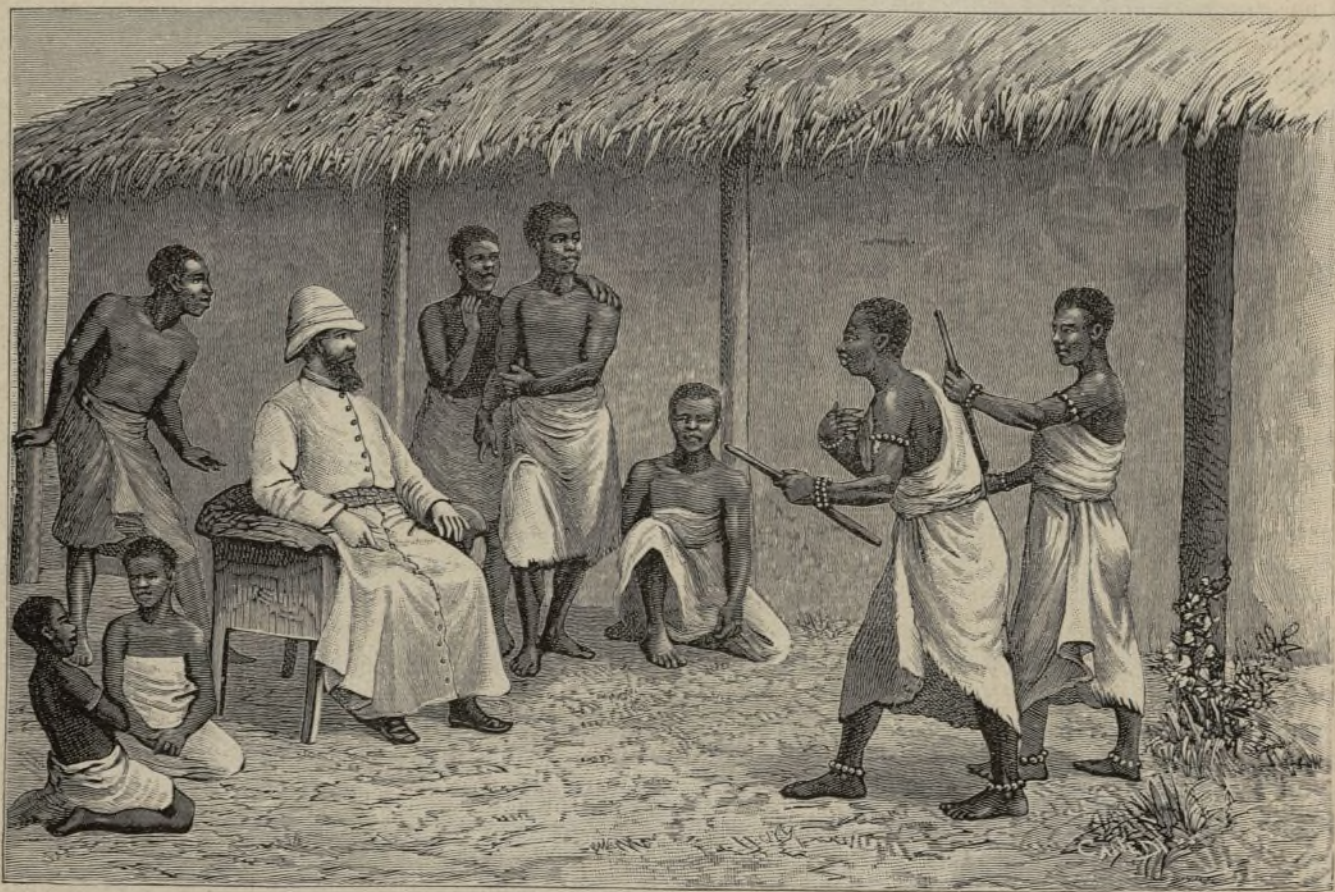
La agricultura, como las otras industrias, necesitan la influencia y el auxilio de un medio favorable. Una hacienda no puede estar completamente aislada de otras partes de terreno laborable. El colono que plantase su tienda y sembrase semillas en un campo lejos de todo otro cultivo, quedaría pronto arruinado por los ataques de numerosos enemigos, insignificantes al parecer, pero en realidad azotes devastadores. Estos enemigos son los nómadas, la langosta, los gorriones, las avispas, las gervasias, los ratones, los escorpiones, la arena y el siroco.

Los nómadas, con sus centenares de camellos, y millares de carneros y cabras, andan siempre en busca de pastos. Hierbas, briznas, tiernos retoños, en todo hincan el diente los rebaños. Apartar á los pastores de la hacienda aislada que, en una región estéril, es el único punto donde se halla el alimento que apetecen sus cuadrúpedos, es cosa difícil, por no decir imposible. A la primera luz del alba, en los ardores tórridos del medio día, ó al crepúsculo de la tarde, pasarán inadvertidos, y el Rumi verá el día siguiente que de sus frutos y cosecha no queda siquiera la esperanza.

El suelo nunca carece de habitantes. Los animales ocupan las regiones abandonadas por el hombre. En lucha por la vida unos contra otros, repártense el territorio, y se establecen por categorías de especies en

largas, cuya mordedura es muy venenosa. Encuéntrase también allí la famosa víbora trigonocéfala descrita por Plinio é inmortalizada por Salustio. Su picadura es siempre mortal. Las hienas, los chacales y las gacelas tienen su escondrijo en los matorrales de las dunas.

Estos animales, raras veces turbados por la presencia del hombre, multiplicanse hasta el punto de cubrir el país con su prole y hacerse dueños del mismo. Poco tiempo ha era aún de moda burlarse de que al ejército de Senaquerib le hubiese puesto en fuga una legión de ratones, que en una noche devoraron las correas de los arcos y los cinturones. El sabio que sentado en su gabinete cree este hecho inverosímil, juzgaría de otro modo si hubiese acampado en los arenales de Africa. El suceso no es menos histórico que el azote de la lan-



COSTA DE BENÍN.— Mujeres fetiquistas saludando al *fetiquista* de los blancos. (Pág. 112)

principados distintos, en los que ejercen derechos absolutos.

Eligen estos animales el suelo más apropiado á sus necesidades. De las llanuras de Keruán, sin árboles ni ríos, se han hecho dueños los ratones. Las mesetas de Djilma, cubiertas de césped, azufaifos, arrayanes y cistes, salpicados con las bayas rojas de los madroños, son el jardín predilecto de los gorrones. Las avispas, de cuello amarillo y alas azules, que los soldados franceses llaman «cazadores de Africa,» han fijado su imperio en las colinas de Hadjeb-el-Aiun, donde abundan las fuentes, con los juncos, adelfas y hornagueras.

Las llanuras desiertas de los alrededores de Gafsa, Tozeur y Nefta están principalmente reservadas al dipo ó gervasia, al escorpión, al áspid y á las serpientes

gosta, que se tenía también por una leyenda, por un mito de los tiempos nebulosos, y que por desgracia es una cruel realidad.

Dichos ratones, prudentes, previsores, activos, no viven únicamente de aire, de sol y del espectáculo de las noches estrelladas, sino más bien de toda cosecha que se les ofrezca en su vecindad. ¡Cosa singular! tienen el instinto de aguardar su madurez y de proceder á su siega en tiempo á propósito. Cortan la paja en el tallo, y las espigas, una vez escamondadas, escogidas y dispuestas con orden admirable, las amontonan simétricamente en sus graneros subterráneos. Pero estos roedores contaron sin la huésped, y son robados á su vez, pues en el mes de Mayo se organiza un saqueo en regla de sus almacenes. A este medio deben muchas

tribus el recobrar una parte de sus cosechas de cebada.

Las avispas viven en colonias. Una de ellas ha escogido por centro de sus operaciones Hadjeb-el-Aiun. El alegre gorjeo de esos encantadores volátiles, sus luchas en los aires, sus rápidos y ruidosos vuelos nunca dejan sin ruido y sin movimiento el frondoso bosque de algarrobos y adelfas que marca, en el flanco de la colina, el nivel á que se elevan las aguas subterráneas. Forman casi la única distracción de los soldados acuartelados en aquella meseta espléndida, pero solitaria.

Su número es insignificante comparado con el de los gorriones que pueblan las llanuras de Djilma. Hay allí vastas praderas naturales, cortadas por grupos de azufaifos silvestres de dos á tres metros de alto. Dichos arbustos se cuentan á millares en lo ancho de la llanura, y eso en el espacio de más de veinte kilómetros. Cada azufaifo contiene de seis á doce nidos de gorriones, con cinco huevos el que menos, siendo faci-

coche, nos azotan pecho y rostro, cubren el suelo y entorpecen nuestra marcha. El cochero con el látigo los derriba por docenas. Esta invasión de insectos no puede compararse sino con los copos de nieve cuando cae gruesa y cerrada. Las capas inferiores pasan á raíz del suelo, mientras otras vuelan á la altura de doscientos metros.

Atravesamos así tres columnas sucesivas, que producen un ruido musical característico. Las langostas son amarillas, de cabeza bronceada, vientre cobrizo, y largas de ocho á diez centímetros. La velocidad de su vuelo iguala á la del becafigo, y casi siempre se dirigen hacia el Nordeste. Las aves mayores las devoran con avidez, y los niños se divierten con ellas, torturándolas de mil maneras.

Preguntan algunos cómo San Juan Bautista podía vivir de langostas en el desierto, y los árabes de Keruán y de Tozeur nos han dado la respuesta. Les he-



COSTA DE BENÍN.—Una negra deslie acassas en una calabaza, y la presenta al misionero. (Pág. 112)

lísimo coger en pocos momentos un centenar y apagar la sed con su flegma ligeramente salobre. Sin embargo, se necesita cierto valor para oír impasible el ruido que hacen aquellos pájaros en torno del raptor. Nuestro vehículo los exaspera. Compréndese con esto que sería temerario cultivar el terreno con la vecindad de estas legiones aladas; pues no obstante la fecundidad del suelo no cosecharía un grano, ni un fruto, ni una legumbre. Estos enemigos del colono no serán rechazados sino poco á poco, á medida que la agricultura extienda sus conquistas por zonas concéntricas, sin dejar intersticios entre las haciendas, los bosques y las praderas.

En el inmenso desierto de Kernán arrostramos la primera nube de langostas que la víspera tanto alarmó á los trabajadores del Enfidá. El cielo parece negro y el sol queda oscurecido: hacen sombra á la tierra, chocan contra la cabeza de los caballos, tapizan nuestro

mos visto llenar grandes cestos con ellas, y entrar en la ciudad con los asnos y camellos cargados de tales acridídeos. Los cuecen en agua salada, y luego los venden en la plaza pública ó los almacenan para el invierno en grandes jarros de gres, destinados habitualmente á la conservación de las aceitunas.

—Alá, dicen, es siempre bueno y clemente, y Mahoma su profeta. La langosta es el maná del cielo.

Y echan votos contra los Rumis, que les obligan á trabajar en la destrucción de la plaga.

Un texto del Corán declara que el musulmán que no hubiere comido langostas una vez en la vida no gozará de la plenitud de la dicha en el paraíso. Así los primeros acridídeos que por el mes de Abril aparecieron en Tozeur y Nefta se vendieron hasta cincuenta pesetas los cien kilogramos.

Las langostas acostumbran poner sus huevos en las capas de arena fina, y al cabo de veinticinco días ó cuarenta, según la exposición y la temperatura, salen las

larvas, pero sin alas, que forman en la roja arena enormes manchas movibles, como capa de aceite que se desliza. Al ser algo mayores dan saltos, atacan y devoran hierbas, arbustos, cosechas, todo lo que encuentran. Su crecimiento es rápido, y exige mucho alimento. Por esto las larvas causan mayores daños visibles que las langostas. Estas cambian de lugar, y sus estragos son menos aparentes, mientras que aquéllas arruinan por completo la región en donde nacen. Una vez desarrolladas hasta ser langostas, se agrupan por millares, y vuelan en apretadas columnas hacia el Norte, donde depositan huevos que al cabo de un mes cubren el suelo con un nuevo ejército de larvas.

A pesar de la diligencia de los soldados para destruirlas, el azote no toca á su fin. En el Sur, país de los ksurs, las últimas invasiones han reducido á la impotencia todos los esfuerzos humanos.

Previénese el peligro con la destrucción de los huevos. Los soldados franceses y los ginetes indígenas, spahis rojos y spahis azules, obligan á las tribus á recogerlos. Cada hombre debe presentar al anocheecer un saco lleno de estos huevos, y formando con ellos un montón de muchos metros cúbicos, los carbonizan.

Para destruir las larvas se sigue otro sistema. Cerca del suelo, y en una extensión de dos ó trescientos metros, se ponen anchas fajas de tela blanca, con un encerado en la parte inferior. Luego los árabes golpeando el suelo empujan las larvas hacia una zanja abierta expresamente para aplastarlas. Todos estos medios, sin embargo, son impotentes. Los soldados de Fum-Tatahuina han quedado vencidos por las nuevas crías. El arenal está completamente ennegrecido en una extensión de muchas leguas por este insecto, que no tardará en dirigirse hacia el Norte.

En las vastas soledades de Túnez la naturaleza despliega energías irresistibles, por medio de seres ó agentes los más débiles en apariencia. Unas veces el soplo del viento, que refresca en las horas de mayor bochorno, trocándose instantáneamente en siroco detiene, sofoca é inmoviliza á hombres y animales. Otras el grano de arena, tan fino y pequeño que es invisible á la vista é imperceptible al tacto, acaba por invadir las mesetas, sepultar los oasis y ciudades, y extender sobre todo lo que respira y vegeta el rojo sudario de su impasible esterilidad.

El hombre con su trabajo triunfará de todos los obstáculos, y hará de Túnez lo que fué en otro tiempo, el país clásico de la salubridad, la riqueza y la longevidad.

Con las últimas ondulaciones del terreno desaparece á nuestros ojos la hermosa vegetación del Enfida, y por todas partes nos rodea la inmensidad llana, uniforme, monótona. Unicamente el espejismo ofrece en lontananza las fantásticas visiones de bosques imaginarios. Un horizonte vago marca el límite del cielo y de la tierra.

Tres kilómetros escasos de tierra firme separan los pantanos de Kralifa del lago Kelbia. Según el doctor Rouire, este lago de la Perra (tal es el sentido de la palabra Kelbia) sería el antiguo golfo de Tritón.

Forma los límites del istmo, en el que he visto los restos de una vía romana, una línea interminable de monumentos megalíticos, muy numerosos en el Norte de Africa, que parece sirven de punto de enlace entre los dolmanes de Escocia y los de la India. Los celtas é iberos, de cabellera roja y ojos azules, que levantaron estas peñas, quisieron señalar su camino á través de la Bretaña, el istmo de Gibraltar antes de su ruptura, Marruecos, Argel y Túnez. Estas piedras están también dispuestas en forma de menhires y cromleques. Generalmente es una ancha losa horizontal colocada sobre otras tres verticales, de manera que semejan una arquilla rectangular abierta por un lado.

Macizos de cortes geométricos forman cercas circulares al rededor de varios dolmanes, especialmente en la región del Hadjar. Excavaciones practicadas cerca de estos monumentos han puesto al descubierto osamentas y vajillas de fabricación grosera y primitiva. No puede precisarse con exactitud la fecha de estas piedras funerarias, pero se cree generalmente que se remontan á ocho ó diez siglos antes de Jesucristo.

En su comunicación de 2 de Diciembre de 1887, á la Sociedad de Geografía de París, el Sr. Hamy demostró con rara competencia que dichas piedras son monumentos funerarios como los de la tribu de Zenatia.

Estas conclusiones, sin embargo, me parecen sobrado exclusivas. No todos los monumentos megalíticos son sepulcros, y las rocas acumuladas en una extensión de varios kilómetros entre los lagos Kelbia y Kralifa no pueden cubrir esqueletos. La faja de tierra es muy angosta, y á ambos lados el terreno es pantanoso, de suerte que ni hay ni hubo allí un centro importante de población. La ciudad menos distante es la de Keruán, de fundación moderna, como todos saben. No es probable que los primitivos pueblos de Túnez escogieran para lugar de su sepultura esta faja de arena entre dos pantanos y á considerable distancia de sus viviendas.

A mi parecer estas piedras no son tumbas, sino monumentos religiosos dedicados al genio de las aguas. Por diversos pasajes de la Biblia sabemos que los hebreos clavaban piedras en el suelo en memoria de un hecho importante. Así lo hizo Jacob después de su visión de la escala misteriosa, y Josué cuando hubo pasado el Jordán. Los judíos y los árabes señalan aún en nuestros días, con montones de piedras, el teatro de un crimen ó de un acontecimiento memorable.

Un misionero del Nyanza refería no ha mucho que el rey negro, con quien había de cruzar el lago, cargó en su barca una gruesa piedra, que arrojó al mismo para hacerse propicio el genio de las aguas. Mi humilde parecer es que los dolmanes del lago Kelbia son edificios religiosos análogos á la piedra del monarca africano.

De cualquier parte que se llegue, después de la insoportable monotonía de la llanura abrasada, lisa y pantanosa, Keruán deleita la vista por el paralelogramo irregular de sus fortificaciones almenadas, y el centelleo de las cúpulas de cuarenta y una mezquitas.

Son las cuatro cuando la brillante ciudad surge en el horizonte en medio del desierto. Sus cúpulas verdes, sus alminares amarillos y sus blancas murallas lanzan

vivísimos reflejos. A los juncos de los pantanos suceden viñas, jardines y florestas, rodeados de una hilera de chumbos, cuyas corolas amarillas exhalan penetrante aroma y templan la aridez de sus palas espinosas.

Algunos collados nos ocultan la puerta de Túnez. Tenemos que escalar estas dunas, de color gris ceniciento, que no se remontan por cierto á la época terciaria. Son sencillamente las inmundicias de la ciudad, que los hombres y los siglos han acumulado fuera de sus murallas, y que bajo la apariencia de montecillos han logrado disimular su poco limpio origen.

Los soldados franceses, provistos de azadones y carretas, trabajan por nivelar el terreno á fin de ensanchar la plaza del arrabal. Atravesamos ésta, llena de mercaderes de jarros, legumbres, pimientos, frutas y telas de colores chillones. Las tiendas de los tintoreros forman á los lados grandes cancelos rojos, azules ó amarillos. (*V. el grabado de la pág. 104*).

Franqueamos la plaza de Túnez, cuya puerta es algo monumental. Henos ya en la calle de Zankat-Taïla (*V. el grabado de la pág. 105*), que nos conduce directamente á la Puerta de los Pellejeros, Bab-Djelladin, abierta al ejército francés el 26 de Octubre de 1889.

La Fonda de la Posta está situada entre esta Puerta y la estación del ferrocarril de Sussa.

El Sr. Canova, vicecónsul de Francia, que desempeña las funciones de registrador civil, no satisfecho de recibirnos con la mayor cordialidad, y de proporcionarnos las mayores facilidades para nuestro alojamiento, nos procuró muchos documentos inéditos sobre la ciudad santa del Islam.

Experimentamos indefinible bienestar al gozar nuevamente de la higiene, los cuidados y los muebles que nos faltan desde nuestra salida de la ciudad de Túnez. El patio de la fonda está elegantemente adornado, y respírase en él un aire fresco que contrasta con la atmósfera sofocante de la plaza pública y de las calles caldeadas por el sol.

DE PORTO-NOVO Á OYO

(Febrero-Marzo 1891)

MEMORIA DEL RDO. P. PIED, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYÓN

IV

EL sábado, 23, partimos á las cinco en dirección del Norte. En una longitud de diez kilómetros el camino tiene á izquierda los linderos del bosque, y á derecha llanuras incendiadas. Cruza tres ó cuatro fajas de terreno pobladas de árboles que se dirigen de Este á Oeste, siguiendo el curso de ríos actualmente secos, pero que en la estación de las lluvias desaguan en el Iddi. A trechos encontramos plantaciones de algodón, ñames, alubias, lentejas y maíz, pero ni una sola cabaña.

En el oncenno kilómetro un árbol espléndido y frondosísimo nos invita á descansar á su sombra, mientras se nos reúne el lari de Ketu.

A un centenar de metros al Oeste hay el pueblo de Djohun. No teniendo quien me presente al jefe, permanezco al pie del árbol, y después de rezar el Oficio,

como dos ó tres galletas. Mi presencia y la de mi gente excita la curiosidad de los labradores que acuden al trabajo; detiéndense y siéntanse en torno nuestro, y al cabo de media hora nos vemos rodeados de unas cincuenta personas.

Además de los instrumentos de labranza llevan fusiles, arcos y flechas. Al preguntarles el motivo me responden que habiendo venido hace diez días unos sesenta egbas para robarles sus mujeres, no se atreven á salir de casa sin armas.

Atodju llega á las nueve y media: va á saludar al jefe, pero no vuelve. Cansado de esperarle, me decido á partir, seguido de los bagajeros.

Caminamos hasta medio día, y nos detenemos más allá de las ruinas de Idihan, en un bosque donde me propongo sestar un poco, pero las hormigas y una nube de mosquitos que no tardan en hacernos blanco de sus ataques, nos obligan á marcharnos más que de prisa.

Idihan era una ciudad de muchos millares de almas, que fué destruída por Dahomey después de la ruina de Ketu.

Seguimos nuestra ruta bajo un sol de fuego, y á las tres llegamos á un sitio de parada llamado Atatan, donde en una porción de bosque desbrozado acostumbra descansar los viajeros. Aquí la fatiga y un ataque de fiebre me obligan á suspender la marcha. Al cabo de un cuarto de hora de pesquisas mis hombres encuentran un riachuelo y me traen agua. Tomo una dosis de quinina, y media hora después se produce la transpiración, duermo un poco y me siento mejor.

En esto llegan los rezagados, quienes me dicen que el pueblo más próximo dista cinco horas; no pudiendo yo ir más lejos, pasaremos la noche en donde nos encontramos. Atodju pretende que momentos después de mi partida de Djohun, el jefe vino á saludarme y á ofrecermé dos pollas, un cabrito, etc.; pero le replico que, sabiendo cuán temible es el sol para los blancos, no debía hacerme aguardar dos horas y media á la sombra de un árbol, dando lugar á que siendo la temperatura abrasadora y el camino penosísimo, tuviese un ataque de calentura.

El domingo, 1.º de Marzo, no puedo celebrar la Santa Misa: decididamente vivo como pagano. A las seis marchamos hasta las ocho, en que nos desayunamos; pero habiendo mis *boys* olvidado llenar las damajuanas, no tenemos una gota de agua, y nos vemos obligados á proseguir la marcha.

A cada paso vemos vastas llanuras incendiadas. El país es cada vez más desigual y árido; ya no se ven bosques de árboles gigantescos, y únicamente encontramos sombra á orilla de los ríos. La senda está llena de guijarros que hieren los pies de mis bagajeros: los de Oyo, conocedores del terreno, proveyéronse oportunamente de sandalias, mientras que los de Porto-Novo andan enteramente descalzos.

A trechos hallamos peñascos de granito negro, y macizos ferruginosos. El terreno es áspero y luego montañoso. Por falta de barómetro no puedo medir la altura de esta región, que indudablemente es la más elevada de cuantas hemos recorrido. Llegamos á la línea de división de las aguas, entre las cuencas del Addo y del Ogún.

En el kilómetro dieciocho atravesamos el camino de Ketu á Doffa y Meko. Estas dos ciudades, una de diez mil almas, y otra de ciento veinte mil, han sido completamente destruidas y arrasadas por Dahomey.

La sed nos devora, y todos nos sentimos desfallecidos.

En el kilómetro veinte los vecinos de Odju-Eggún, advertidos de nuestra llegada por los viajeros que nos han precedido, salen á nuestro encuentro con un jarro de agua fresca y acassas.

¡Esto es salvarnos la vida!

Una buena mujer deslíe con las manos tres ó cuatro acassas en una calabaza que llena en seguida de agua (*V. el grabado de la pág. 109*), y me la ofrece: á pesar de no haberse hecho la mezcla con toda la pulcritud

si bien es la mejor de la comarca, deja mucho que desear: tan bajo es el techo, que á pesar de un patio interior de algunos metros cuadrados, falta absolutamente aire. Declino el honor del sitio barrido y cubierto de esteras que me ofrecen, y voy á sentarme en el umbral de la puerta, donde respiro más á gusto.

Momentos después viene el jefe del pueblo con sus dos mujeres á visitarme, y les regalo algunos objetos, lo mismo que al dueño de la casa. Llegan multitud de visitantes, ó más bien curiosos, y siéntanse en el suelo en torno mío.

Mientras rezo el Oficio, el lari hace el gasto de la conversación. Es un hablador de primera fuerza, que sabe interesar á sus oyentes: díceles todo lo que sabe de Dahomey, de Porto-Novo, de los soldados europeos,



GALILEA.— Estado actual de Sebaste, antigua Samaria. (Pág. 106)

apetecible, la saboreo con delicia, y encontrándole un pronunciado sabor de nata, repito con gusto la libación.

Nada más refrescante y fortificante á la vez que la papilla de maíz desleída en agua, y nada mejor cuando se viaja bajo el sol de Africa. Los negros lo saben muy bien, y prefieren la acassa á cualquier otra bebida.

Henos ya en disposición de continuar la marcha, y á los quince minutos llegamos á Odju-Eggún, encantadora aldea situada en una colina junto á una montaña, que es el punto culminante de la región. De allí surgen los tres ríos Diaguenoro, Iyerva y Osiri, que entran en el Iddi, y después en el Addo, para morir, cerca de Badagry, en la laguna de Porto-Novo, después de un curso de ciento cuarenta y seis kilómetros.

El hermano de Felhetona me hospeda en su casa, que

de sus fusiles y cañones, de los misioneros, etc., y todos le escuchan con la boca abierta.

Al tener noticia de la llegada del «fetiquista de los blancos», dos mujeres fetiquistas vienen á saludarme en calidad de compañero. Llevan en los pies cascabeles, que avisando su presencia, ahuyentan á los espíritus malignos. Visten enaguillas blancas; llevan la cabellera cortada casi á raíz del pelo; adórnanse las muñecas y la parte superior del brazo con brazaletes de cauríes blancos, y sus cuerpos de pies á cabeza están pintados con ocre rojo, lo que les da el aspecto de diablos vistos al reflejo de las llamas del infierno. Son las fetiquistas del arco iris. Llevan en la mano una varita mágica que á nadie confían, y á la que, por lo demás nadie se atrevería á tocar.

Demostréles lo ridículo de su pretendida magia, y añadí:

—Mientras que vuestros fetiques no saben más que dañar á los hombres, Aquel de quien soy verdadero sacerdote, el único Dios, Criador de los blancos y de los negros y de todo cuanto existe, nos colma de beneficios acá abajo, y después de nuestra muerte hará felices para siempre á todos los que le habrán servido en la tierra. El motivo por que he dejado parientes, amigos y mi país, para venir á vivir entre los negros, es para hacérselo conocer y amar.

Contestaron á esto que recibieron de sus padres el culto de los fetiques, que sus antepasados no pudieron engañarles, y que, por respeto á su memoria, consideraban un deber tributarles culto.

Ofrecíles trocar mi bastón por su varita, haciéndoles notar que era más largo y bonito; pero lo rehusaron pretextando que su varita me causaría la muerte. Reí-me de su terror, y díjeles que no temía morir; alargué la mano para tomarla, pero huyeron con general risa de los presentes, exclamando que si yo no moría, podían ellas ser víctimas de la cólera del fetique.

El día siguiente los habitantes de las aldeas vecinas me traen ñames, aceite de palma, etc. Mis bagajeros celebran un banquete, y dos de ellos, provistos de tambores, quieren obsequiarme tocando una danza tan monótona y ruidosa, que les doy dos piezas de tres *peniques* para que vayan con la música á otra parte.

Desde este pueblo hasta el límite del reino de Ketu las viviendas son más bajas. Cónicas ú oblongas, baja el techo hasta el suelo, sin otra abertura para dar paso al aire y á la luz, que la puerta, por la que no se puede pasar sino encorvando la mitad del cuerpo.

El martes, 3 de Marzo, parto en dirección á Meko. Desde lo alto de la montaña á que está adosado el pueblo, el horizonte es inmenso, y espléndido el panorama: la vista abarca todo el sistema orográfico é hidrográfico de la región, que no puedo estudiar por la premura del tiempo.

Cubren la meseta diversas plantaciones, entre las cuales veo por vez primera campos de tabaco: son las granjas de Odju-Eggún.

Bajamos por el Norte hacia Agbombo, á donde llegamos á las siete y media. Quisiera pasar adelante, pero el guía me obliga á detenerme para saludar al jefe.

Nos sentamos en la plaza, y las mujeres nos traen calabazas llenas de agua más ó menos limpia, ñames, huevos, sal, aceite de palma, una polla y aun un cabrito; mas no puedo aceptar sus regalos por falta de bagajeros.

Este pueblo ha sido formado por algunos fugitivos de Idihan. Ocultos en estas montañas, se han instalado en miserables chozas para librarse de la rapacidad de los habitantes del reino de Dahomey.

Como no llega el jefe, me levanto para proseguir el camino, y entonces mi sempiterno hablador de Atodju, que se entretiene con sus amigos, decídese á presentarme al jefe, á quien doy un apretón de manos y seis peniques para comprar una botella de ginebra que beba á mi salud.

Pasamos cerca de gran número de granjas. En todas partes se ven palmeras de aceite y grupos de cabañas. El negro no puede vivir sin aceite de palma. El país es áspero y escabroso.

Nos ha llamado la atención el buen modo con que se tratan estos negros, á quienes consideran como salvajes y poco menos que brutos no pocos que se creen, y quizá equivocadamente, más civilizados. En ningún pueblo he sido testigo de tanta cortesía y afabilidad como en Ketu.

Según el rango ó la edad de la persona con quien tratan hacen postraciones, genuflexiones y reverencias, acompañadas de chasquidos con los dedos, de ósculos en el suelo, pegadas al polvo la frente ó la mejilla, con multitud de *¡Oku! ¡Oh!* que, al cabo de repetirlas diez veces, toman el sonido de *¡Ih! ¡Oh! ¡Ih! ¡Oh!* interminable. Luego se piden noticias de la familia y del país:

—¿No hay novedad en la casa?

—No.

—¡Me alegro!

Y se separan.

Durante el viaje, en todas las haciendas se nos ha recibido con esta clase de saludos.

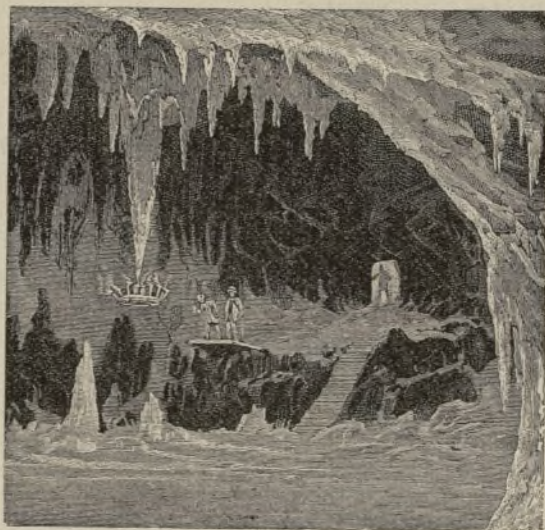
V.

A las doce y media llegamos al pueblo de Meko, situado junto á las ruínas de la antigua ciudad.

El jefe está de caza, y le aguardamos al pie de un árbol, que allí, como en las demás poblaciones, es el adorno mejor de la plaza del pueblo. A su sombra se celebran las reuniones, los bailes y los regocijos públicos.

A las cuatro llega el jefe, quien nos conduce á un aposento espacioso y ventilado. Luego se retira á sus habitaciones particulares, y vuelve con un traje algo primitivo que excita la hilaridad de mis bagajeros. Por la tarde nos hace servir un cesto de acassas y calulus.

El tiempo es magnífico; por lo tanto, mejor que encerrarme en una choza, prefiero dormir bajo la bóveda estrellada, en mi hamaca suspendida de dos árboles.



GRUTA de estalactitas y estalacmitas. (Pág. 118)

El día siguiente ofrezco varios objetos al jefe, y hablamos largamente. El buen hombre me dice que no es feliz, que sus gentes no pueden serlo, y que nunca lo serán mientras tengan que temer las incursiones de Dahomey.

El río de Adjekua, que pasa cerca de Meko, es el primero de la cuenca del Ogún; desagua en el Sogha, que se une al Oignán, para desembocar en el Ogún, algo más arriba de Abeokuta.

El jueves, 5 de Marzo, partimos á las cinco. Gran número de senderos se cruzan en lo alto de la colina que domina el pueblo de Meko. Es el camino más frecuentado; pero mis hombres, temiendo encontrar ladrones dahomeyanos, no se atreven á seguirlo, y damos un rodeo por otra senda.

Cruzamos el Adjekua, que en este punto no es más que un riachuelo lodoso, y luego el Sogha ú Hoghah, de menor caudal aún que el precedente, y un kilómetro más lejos el Oignán, soberbio río de treinta metros de anchura por cinco de profundidad. Los guías me dicen que viene de Ihaki, ciudad del país de los baribas, no lejos del Níger. Las rocas y troncos de árboles que hay en su cauce, como en el de todos los grandes ríos del Yoruba, impiden el que sea navegable.

Hacemos alto á orillas del Oignán. Al cabo de media hora paso adelante con Atadju y José Antonio. A cosa de veinte kilómetros, á la derecha, una cordillera separa los reinos de Ketu y de Ishabe. Como el Mahi, este país es visitado con frecuencia por Dahomey: todas las ciudades del Sud han sido destruidas. La capital, según mis guías, dista tanto del punto en que nos encontramos como de Porto-Novo, esto es, ciento sesenta kilómetros aproximadamente.

Bajo un sol de fuego seguimos andando con la esperanza de encontrar una hacienda ó un río donde templar la sed. A las dos llegamos á orillas del cauce seco del Eisha: mi cabeza arde, mis pies están en lastimoso estado, y no puedo ir más lejos.

Por fin encuentran en un bache un poco de agua turbia: humedezco el pañuelo, me envuelvo con él la cabeza, y al cabo de media hora me encuentro mejor.

Emprendemos nuevamente la marcha, y á unos dos kilómetros pasamos junto al foso que circuye la ciudad de Assua, destruida más de cincuenta años ha por los filanis y los egbas. Era muy importante, como lo prueba el que gastamos quince minutos en recorrer uno de sus lados. Vense todavía muchos montecillos, restos de las casas derrumbadas.

A las cinco vemos á lo lejos un peñasco enorme que sobresale aislado en una depresión del terreno. La cima está cubierta de verdura y árboles gigantes. No se comprende qué revolución terrestre pudo arrojarlo allí, pues no guarda relación alguna con el terreno que le rodea. Así es que los negros, para quienes todo lo que se sale de las proporciones y reglas comunes debe ser morada de un genio, no han dejado de mirarlo como un fetique. Danle el nombre de Ako, y en determinadas épocas le traen ofrendas.

A las seis llegamos al pie del peñasco, que tiene unos treinta metros de alto: el sitio donde se hacen los sa-

crificios es notable por el considerable número de andrajos, esqueletos de pollas, y amarillentas manchas de aceite de palma que todo lo cubren. Un camino de diez metros, que más lejos tiene quince, trazado á cordel y plantado de corpulentos árboles, une el peñasco fetique á la ciudad de Gangán, situada en una eminencia á quinientos metros de distancia.

RENACIMIENTO CATÓLICO EN ÁFRICA

EL Catolicismo está juzgado en la historia sólo con decir que donde aparece, se presenta con él la civilización, y de donde falta, habiendo en otro tiempo prevalecido, falta asimismo todo progreso, toda cultura.

Eso aconteció, como en todas partes, en Africa; la tierra de San Atanasio, de San Agustín, de Tertuliano y de San Cipriano, en cuanto el Mahometismo se presentó, convirtiéndose en la tierra de Barbarroja, de Muley Ismael, de Mehemet Ali y de los traficantes de esclavos.

El Africa no ha sido, como lo fué América, el punto favorito de las emigraciones; no lo ha sido hasta nuestra misma época: no parecía sino que el gigante Adamasor, fantaseado por Camoens, abandonando su puesto del Cabo de las Tormentas, rondaba por aquel inmenso continente para alejar á los civilizadores.

La independencia de América hizo á las potencias coloniales pensar en Africa, y pronto se conoció que ni los exploradores científicos ni los mercantiles podían civilizar esta región tanto como los misioneros. Antes que descubrir las fuentes del Nilo, era preciso civilizar aquella gran parte de la especie humana que habita en el Africa, luchando á brazo partido con el Mahometismo y con el tráfico de esclavos.

El Mahometismo, abatiendo á la idolatría y el culto de los fetiques, preparó en Africa, lo mismo que la extensión de la lengua árabe, la predicación de la fe cristiana. La colonización, aun la de los países protestantes, la preparó también, y al sonar la hora marcada por la Providencia, gran número de celosos misioneros arrojó la semilla católica en tierras ya bastante abonadas.

El Patriarca de esos misioneros ha bajado á la tumba; pero su nombre no se olvidará ni en la historia eclesiástica ni en la profana. Lavigerie con su poderosa iniciativa creó instituciones religiosas unas, y otras religioso-militares, que serán verdaderos ejércitos permanentes de esa civilización tan deseada y durante siglos tan desatendida; demostró que era preciso concluir con los últimos restos de la esclavitud, é indicó cómo podría conseguirse; reanudó la jerarquía católica en el Africa Septentrional, y por todos estos títulos ganó el primer puesto de honor entre los Prelados de Francia.

Desde hoy en adelante, las Misiones protestantes en Africa, que no saben producir más que catástrofes como la de Uganda, tendrán que confesarse vencidas por las católicas, que han acometido tan grandes empresas, y en mucha parte han conseguido lo que intentaban.

No será para Francia ni para Inglaterra, para Alemania ni para Italia, el lauro de campaña semejante; será para el Catolicismo, único que puede lograr victoria.

Hasta que Africa volvió á franquear sus puertas al Catolicismo, la raza de Cam se mantenía rebelde ante Noé y Jafet; desde que libra con buen resultado batallas contra el Mahometismo, postrada ya la idolatría, no hay que dudar que es cuestión de tiempo la de hacerla tan europea como lo son ya ambas Américas después de cuatro siglos de Misiones incesantes.

Lavigerie lo comprendió; las revoluciones útiles y verdaderamente regeneradoras, obra son de la Providencia y no de los hombres, por grandes que parezcan; por eso la mayor parte de lo que hagan los misioneros católicos que sucedan al Arzobispo de Argel y de Cartago, se atribuirá por los historiadores á su fundador y Patriarca; se atribuirá á Pío IX y á León XIII, en cuyos pontificados tanto se ha ensanchado la jurisdicción de la Iglesia católica.

A. B. de U.

CRÓNICA

Roma.—El Sultán de Turquía ha anunciado al Ilmo. Bonetti, delegado apostólico, que además del regalo consistente en una magnífica petaca guarnecida de diamantes y piedras preciosas, remitirá al Papa, en celebración de su Jubileo Episcopal, otro regalo mucho más precioso.

Este consiste en una inscripción funeraria de San Abercio, descubierta hace pocos años en el Asia Menor y de gran valor científico. Tal descubrimiento lo hizo M. Ramsay, en Frigia, el año 1882. Es un monumento de los primeros siglos de la Era cristiana, y al mismo tiempo un testimonio irrefutable en favor del primado del Papa.

El Ilmo. Azarián, patriarca armenio, ha sido el encargado de llevar al Soberano Pontífice este regalo, que tanto más honra á la delicadeza del Sultán cuanto mayores han sido las tentativas y esfuerzos de algunos Gobiernos extranjeros para adquirirlo y depositarlo en sus Museos nacionales.

Entre otros presentes que ha traído de Armenia el Ilmo. Azarián, llama mucho la atención una expresiva carta autógrafa del Sultán de Turquía felicitando á León XIII con motivo del jubileo, y un riquísimo tapiz, con grandes franjas bordadas, en cuyo centro, sobre fondo encarnado, resaltan las armas pontificias rodeadas por una inscripción latina bordada en plata, que expresa la más incondicional adhesión de los católicos armenios hacia el Sumo Pontífice.

—La prensa entera consagra entusiastas alabanzas al reverendo P. Charmetant por su promoción al arzobispado de Cartago y primado de Africa.

Dice que es un gran acontecimiento para la Iglesia y para Francia.

—Los Benedictinos están terminando su colegio internacional en el Aventino, que llevará el nombre de Abadía-Colegio de San Anselmo. Los profesores, todos benedictinos, han llegado de Inglaterra, América y otros países, instalándose provisionalmente en el palacio apostólico de los catecúmenos, cerca de San Pedro. La Abadía de San Anselmo presentará el aspecto y el estilo de las abadías de la Edad Media. Tendrá una iglesia gótica para el público, y para los alumnos una biblioteca, un observatorio, un gabinete de física y química y una sala para las reuniones científicas y literarias, á más de las otras dependencias propias de un gran Colegio.

—El día 23 de Diciembre, á las doce del día, el Santo Padre se dignó recibir en audiencia privada al Rdo. P. Salvador di Pie-

tro, S. J., prefecto apostólico de la Honduras inglesa. El objeto exclusivo de esta audiencia era el de depositar á los pies de Su Santidad las congratulaciones de los católicos de aquella prefectura por el Jubileo Episcopal del Papa.

Recibido en la Sala privada, le presentó el Prefecto una carta escrita en los cuatro idiomas que hablan los habitantes de aquella Colonia y son inglés, español, caribe y maya, y la cual estaba cubierta con mil cuatrocientas firmas reunidas de entre los católicos. Además, el Prefecto le ofreció al Papa un bolsillo con el modesto óbolo de San Pedro que habían podido reunir los pobres habitantes de Belize. El Santo Padre se mostró muy satisfecho, tanto por los sentimientos expresados en la carta, como por el generoso donativo, prometió proveer á la mayor brevedad á sus necesidades, bendijo y dió las gracias á cuantos subscribieron la carta, y exhortó á los Sacerdotes y á los Hermanos que colaboran con ellos en la causa de Dios, en aquellas regiones, á perseverar en su santa empresa. A dos de aquellos católicos otorgóles el título de Caballeros.

Inglaterra.—No hace mucho tuvo lugar en la residencia del Emmo. cardenal Vaughan, arzobispo de Westminster, una junta de bastante importancia. En ella se organizó la Sociedad de Investigación Histórica (*The Historical Research Society*), de la cual fué nombrado presidente el mismo Prelado. El fin de esta Asociación es aclarar todas las dudas que puedan tener católicos y no católicos sobre los puntos más difíciles del dogma y disciplina de la Iglesia de Jesucristo. En esta primera sesión de la Sociedad se anunció que se procuraría llevar la verdad á los que nunca pisan los umbrales de una iglesia católica para buscarla.

—El *Pall Mall Gazette* ha publicado una curiosísima estadística criminal del clero anglicano. Las revelaciones de este periódico, siempre interesantes y terribles, lo han sido ahora más que nunca, habiendo producido gran sensación en todas las clases de la sociedad inglesa.

Según los datos que publica el *Pall Mall Gazette*, desde Octubre de 1891 á Octubre de 1892 han entendido los tribunales ingleses en las siguientes causas instruidas contra individuos del clero protestante anglicano, que está en un periodo de descomposición: 12 suicidios, 14 falsedades en promesas de matrimonio, 17 raptos, 18 casos de crueldad con los animales, 109 delitos contra el honor de las personas, 121 casos de embriaguez calificada, 254 quiebras y 84 delitos no especificados; total, 629.

Mongolia Oriental.—El Rdo. P. A. Clerbaux, de la Congregación belga del Inmaculado Corazón de María, nos remite los siguientes detalles de la preciosa muerte en la presencia del Señor del P. Lin, sacerdote chino, víctima del furor de los rebeldes cuando la insurrección del mes de Noviembre de 1891:

«El P. Lin, de unos cincuenta años de edad, era el más inteligente y celoso de los sacerdotes chinos que secundaban los esfuerzos de los Padres europeos en la evangelización de la Mongolia Oriental.

«Las tres mil conversiones que hubo en un año en el distrito de Pa-Keu, debieron en gran parte á su valor y actividad.

«A una habilidad enteramente china para tratar con los mandarines, unía el carácter franco, abierto y jovial del europeo, y una generosidad tan extremada que invertía todos sus recursos en limosnas.

«Al Rdo. Van Dyck le fueron comunicados los pormenores de su martirio por un príncipe mongol, testigo ocular de la horrible escena. (*V. el grabado de la pág. 101*).

«El P. Lin, preso por los perseguidores á las cuatro de la mañana, fué enteramente despojado de sus vestidos y atado, hasta salir el sol, á un árbol delante de la pagoda de San-che-kia-tze. Antes de cortarle la cabeza le colmaron de ultrajes y abrieronle el cuerpo para extraerle el corazón y las entrañas, siendo probable que comiesen el corazón los feroces tse-li-ti.

«A la fecha de las últimas cartas el Ilmo. Rutjes empezó las diligencias para entrar en posesión de los restos del mártir.

«Todos los cristianos de la región, catecúmenos todavía la mayor parte, manifestaron un heroísmo digno de los primeros tiempos de la Iglesia. Más de mil recibieron el bautismo de sangre.

Los otros vagando fugitivos en las desiertas montañas, lejos de quejarse de su desventura, no cesaban de repetir: *Ting Tien-Tehu-de ming ba*: «Obedecemos la orden de Dios.»

«Cuando neófitos, poco antes paganos aún, se elevan á tal altura de sentimientos, puede pronosticarse á la probada Iglesia de Mongolia Oriental un glorioso porvenir, é indudablemente se verificará también allí que la sangre de mártires es semilla de cristianos.»

Fernando Poo.—De una carta de un misionero del Inmaculado Corazón de María, fechada en Santa Isabel, tomamos lo siguiente:

«La vida del misionero es verdaderamente una serie no interrumpida de sacrificios y consuelos. Acabo de visitar las Casas, y he visto como van insensiblemente creciendo los frutos de nuestros trabajos. En Annobón se verificaron cuatro matrimonios católicos el día que yo estuve, y en Corisco tuve ocasión de bautizar á tres niños y dos niñas, todos adultos. En Concepción me he detenido para hacer tres días de retiro espiritual, y vi con satisfacción el orden que lleva aquella pequeña cristiandad, compuesta de cinco matrimonios, dieciséis niños y nueve niñas, cinco de éstas de diecisiete años para arriba.

«Se levantan por la mañana á eso de las cinco y media, y luego acuden todos á la iglesia, en donde hacen el ejercicio del cristiano y oyen Misa: á la Santa Misa se sigue inmediatamente el trabajo, en el cual los casados permanecen hasta las once, y los niños hasta las ocho, para asistir á la escuela; á las doce menos cuarto tienen un cuarto de hora de oración, que consiste en unas preces muy devotas y un sencillo examen. A las doce comen, y descansan hasta la una, en que, á toque de campana, van todos de nuevo á trabajar. Este trabajo dura hasta las seis, á excepción de los niños, que lo interrumpen de dos á cuatro para ir á la escuela, después de la cual, con el machete (instrumento de labranza) en una mano y un plátano en la otra, se vuelven á trabajar como los demás. A las seis y media comienza el Santo Rosario, seguido de media hora de Catecismo en lengua del país. A

las ocho tienen la cena, retirándose á las nueve y cuarto, haciendo en sus habitaciones el ejercicio de la noche los que están constituidos en familia. Los únicos trabajos, por ahora, son el cultivo de café y cacao. Todos obedecen sencillamente; allí el Padre Superior es el que ordena los trabajos de todos, y no hay nadie que oponga una queja á sus disposiciones. ¡Haga el Señor que continúe la sencillez que hasta ahora se observa en aquella Misión, que, aunque parece de pequeños adelantos, ha de ser con el tiempo de mucho resultado práctico!»

—Es la fiesta de la Inmaculada Virgen María, como patrona de España, una de las que más se solemnizan y que mayor entusiasmo producen

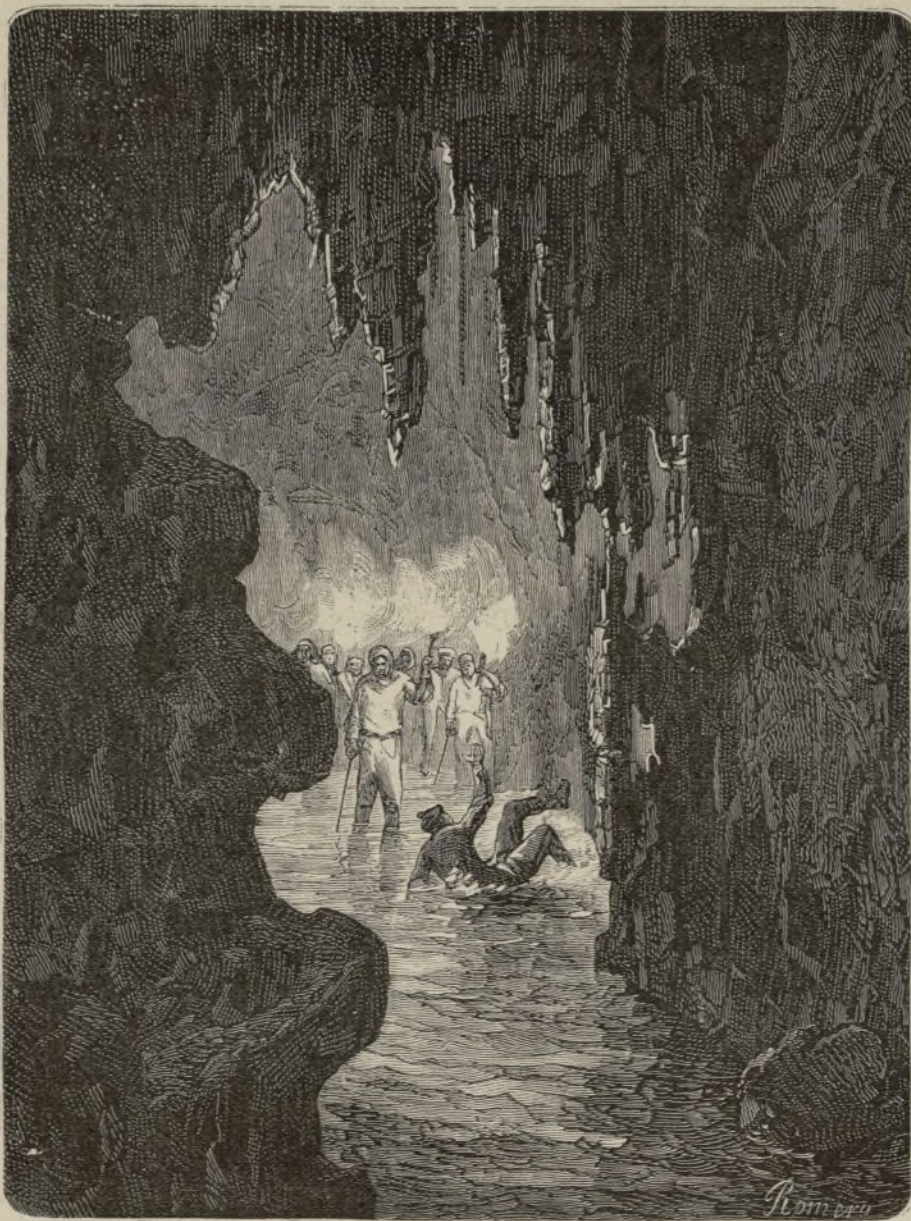
en Santa Isabel de Fernando Poo.

Carecía la iglesia de retablo, y la inauguración de uno muy precioso de estilo gótico, terminado el día 6 de Diciembre, contribuyó, según refiere el reverendísimo Padre Prefecto, á dar singular realce y novedad á la fiesta.

Muy suave y alegremente se deslizó la mañana del 8 entre las confesiones, Misa de Comunión y función principal, pudiendo añadir que con notable provecho de los católicos que tomaron parte en dichos actos.

Pero lo que á todos aquellos indígenas llena siempre de fervor y júbilo es el acto de la procesión que recorre las bien alineadas calles de Santa Isabel. Esa compostura y aseo que se nota en los alumnos de los colegios de uno y otro sexo; la Asociación de

las Hijas de María con su precioso estandarte, regalo de las señoritas de Madrid; la majestuosa imagen de María, llevada en triunfo; los cánticos religiosos y acordes de los músicos indígenas; la primera Autoridad civil y militar de la colonia con la oficialidad presidiendo tras del terno; todos y cada uno de los detalles de tan solemne procesión produjo tal atractivo en Santa Isabel en el último año, que hasta hubo protestantes que se pusieron en fila con los católicos, deseando tributar, como éstos, su homenaje á la Madre de Dios. El señor Gobernador no pudo menos de felicitar á los misioneros y mostrarles su complacencia con palabras muy expresivas. ¡Sea por todo gloria y honor á María Inmaculada!



GALERÍA principal de una gruta en los países polares. (Pág. 118)

Brasil.—Hácese grandes elogios de las Misiones de los Padres Capuchinos en el Brasil (provincias de Pernambuco, Alagoa, Rio Grande del Sur, Parahyba y Ceara). Han fundado el hospital de Pernambuco, el colegio de Papacassa y el convento de Santa Isabel en Colonia. En un período de cinco años se han bautizado 9,203 indígenas, se han administrado los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía á 353,600 individuos, y se han celebrado 13,670 matrimonios. No puede ser, por lo tanto, más próspero el estado de las Misiones capuchinas.

Méjico.—Dice un periódico de la capital de aquella república: «De los doce millones de habitantes que la estadística asigna á Méjico, la tercera parte, es decir, cuatro millones, viven en las tinieblas de la ignorancia desde hace más de un siglo.

«De esto son culpables Carlos III primero, y nuestros Gobiernos después.

«Aquél expulsando de la Nueva España á los Jesuitas, que se dedicaban á la conversión al Catolicismo y á la civilización de los indios; y los segundos impidiendo que la Iglesia católica, gran maestra y civilizadora de las naciones, reparta á los indios el pan de la civilización cristiana.

«Los esfuerzos de los misioneros para cristianizar á los vencidos de España, esfuerzos que fueron coronados de feliz éxito, como lo demuestran muchas ciudades, pueblos y aldeas constituidos por la mano de los misioneros, y como lo testifican varios indios ilustres en la ciencia y en la virtud, educados por ellos, fueron contrarrestados por la pragmática sanción del Monarca español.

«El día en que se pueda escribir en Méjico la historia de las vejaciones de que han sido víctimas los indios, bajo los Gobiernos actuales, el mundo quedará atónito al contemplar tan horribles cuadros.

«El Gobierno ha expedido la ley de instrucción pública primaria laica y obligatoria; ley que quedará felizmente sólo escrita gracias á la imposibilidad material de llevarla á la práctica, puesto que se necesitarían millones de pesos anualmente para cumplir dicha ley.

«Y decimos que felizmente no se llevará á la práctica la ley de instrucción, porque si tal sucediera retrocederíamos en el camino de la civilización...

«Pero entre tanto, ¿qué hacer con los indios? Necesitan misioneros que les instruyan en la Religión católica, y nuestras leyes prohíben la fundación de una casa destinada á formar apóstoles de la verdad, en tanto que permiten se establezcan públicamente garitos y otras casas peores.

¿Qué hacer, pues? Misioneros se necesitan, y en Méjico no pueden formarse.

¿Habrá que ir á solicitar un rincón de terreno en alguna nación vecina? En Guatemala no es posible por las mismas razones que en este país. ¿Será en los Estados Unidos, nación que nos ha humillado tanto, que nos ha arrebatado la mitad de nuestro territorio?

«Esto sería tristísimo y hablaría muy alto en contra de la ilustración de nuestra patria; pero... no hay remedio, allí habrá de hacerse.

«Y ya se han dado los pasos, y muy pronto comenzará á construirse en la frontera norte-americana limitrofe con Méjico un convento para formar misioneros de *Propaganda Fide*.

«¿Qué vergüenza para los mejicanos! ¿Qué castigo de Dios tan humillante, por nuestra apatía en defender la causa de la Iglesia, nuestra tibieza en la oración, y nuestra falta de caridad y buenas obras!»

Estados Unidos.—Grande y de provechosos resultados ha sido la intervención de Mons. Satolli, delegado apostólico, en las diferencias que la cuestión de enseñanza había suscitado entre los católicos de los Estados Unidos. Los ánimos se han calmado por completo, resultando adoptadas las soluciones más ventajosas y convenientes á los intereses religiosos y temporales.

El nombramiento definitivo de delegado pontificio permanente á favor de Mons. Satolli facilitará la consolidación de la paz religiosa y la organización católica de los Estados Unidos.

—La Congregación de la Sagrada Familia, que es una Hermandad compuesta de Religiosas de color, acaba de celebrar el quincuagésimo año de su fundación. La Casa-matriz de dicha Hermandad se halla en Nueva Orleans, donde tiene además un colegio para negritas internas, y una escuela para externas, un asilo de huérfanos y una casa para ancianas. Hay conventos y escuelas de esas mismas Hermanas también en Opalusa y Donaldusville, Luisiana. Asistieron á la celebración del fausto aniversario el Ilmo. Sr. Arzobispo Janssens y muchos sacerdotes, seglares y regulares de la ciudad y cercanías. Predicó el sermón el Vicario general, quien ofició también en la Misa solemne de acción de gracias.

El Apostolado de la Oración.—La cifra total de los Centros del Apostolado de la Oración en todo el mundo es de 50,398. Al rededor de esos Centros se agrupan más de veinte millones de asociados, esparcidos no sólo en Europa y América, sino también en Asia, Africa y Oceanía. Organos de ese inmenso apostolado son los veintisiete *Mensajeros del Sagrado Corazón de Jesús*, que se publican en diecisiete lenguas. Las lenguas inglesa y española se llevan la supremacía y se reparten por igual el imperio de las publicaciones. El *Mensajero* más antiguo es el francés, que cuenta treinta y un años de existencia. Fué fundado en Junio de 1861, y viene á ser como la publicación casi oficial de la Obra. El más moderno es el catalán, que con el título *Lo Mis-satjer del Sagrat Cor de Jesús* se publica en Barcelona desde principios del año actual.

Noticias varias.—El jesuita P. Torrendt, inglés, y misionero en Africa, ha publicado una monumental gramática comparada de cuatro lenguas africanas, entre las que se cuentan las de nuestras posesiones del Golfo de Guinea, y muy en especial de Fernando Poo. Todas las Revistas filológicas y geográficas extranjeras hacen grandes elogios del libro, escrito en lengua inglesa y publicado en Londres.

—Es curioso un dato últimamente recogido sobre las cantidades que los protestantes y los católicos destinan á las Misiones. Solamente los ingleses en las Misiones que sostienen gastan sesenta millones anuales; la Propaganda de Roma no puede dedicar á las católicas más que seis millones. Véanse los resultados de unos y otros, y se comprenderá cuál es la enorme diferencia de unas y otras campañas.

VARIEDADES

GRUTAS Y CAVERNAS

Son ciertas excavaciones naturales, que no sin motivo sorprenden y admiran al viajero que logra penetrar en ellas. No todas son iguales ni están formadas del mismo modo: son unas de origen volcánico, otras fueron socavadas por las aguas.

Todas son igualmente bellas, y en especial las de estalactitas y estalacmitas, que son las más comunes. Inmensas, casi siempre, de altísimas bóvedas que aparecen sostenidas por raras y caprichosas columnas; verdaderos palacios encantados, con innumerables galerías que forman laberinto inextricable, con cambiantes de luz y matices hermosísimos en todas direcciones, reflejos de zafiros y diamantes; fantásticas, en fin, en tanto grado, cual no pudiera crearlas jamás la imaginación más ardiente y soñadora.

Nada más curioso que la formación de aquellas tan extraordinarias columnas. La bóveda de tales grutas da lugar en sus partes porosas á filtraciones de agua saturada de sales calcáreas, la que cayendo gota á gota

sobre el suelo, se estrella y evapora dejando las sales que en disolución llevaba. Estas van formando lentamente una pirámide llamada estalacmita. Mas no siempre la filtración es abundante; la gota de agua se evapora antes de que llegue á caer, y dejando el depósito calizo pegado á la misma bóveda, forma otra pirámide invertida llamada estalactica, que llega á unirse á la primera formando una sola columna. (*V. el grabado de la pág. 113*).

Se comprende desde luego que la gota que consigue atravesar la bóveda, no cae en el mismo instante, pues desciende por las sinuosidades de la misma hasta el punto en donde, aumentando de volumen, se desprende depositando sus sales por el camino y trazando como unos nervios que van á reunirse en lo que pudiéramos llamar capitel de la columna, dando á la gruta el aspecto de catedral gótica.

Puede citarse en España como ejemplo de esta clase de cavernas, entre otras pertenecientes á distinto género, cual es la de Santa Fe, en la provincia de Lérida, una magnífica, llamada *Cova negra*, en la misma provincia, casi por completo desconocida é inexplorada.

En el extranjero, y aparte la famosísima de Fingal, en la isla de Staffa, abierta en medio de las columnas basálticas que rodean la isla; la de Petchabury, en el golfo de Siam; la del Perro, en Nápoles; la de Adelsberg, la de Torghattero, etc., etc.: son célebres entre las que nos ocupan, la del Alabastro, en California; la tan conocida de Miramar, en Cuba, y otras varias que omitimos por no ser prolijos.

Mas entre todas, resalta por su fantasía incomparable, la de Azur, en la isla de Capri, de exigua abertura, cerrada con frecuencia por el mar que, al penetrar en su interior, la matiza de un azul claro brillante, inimitable aun por el pincel más diestro, y la grandiosa del Mammuth, en los Estados Unidos, por el conjunto de maravillas que encierra. Esta es la mayor del mundo. Para dar idea de su inmensidad, basta decir que corre por su interior un río llamado Estigio, que contiene un lago considerable, y que á pesar de haber sido explorada en una extensión de 40 kilómetros, queda mucho por descubrir.

No hay pluma que acierte á describir su incomparable hermosura, ni menos que dé idea de lo que el alma siente en aquel intrincado abismo.

Son tantas las maravillas que se contemplan, tan poco el tiempo entre una y otra impresión, tan inexplicable el temor de quedar sin luz y perdido irremisiblemente en aquel sorprendente laberinto, que deja al mismo tiempo fascinado; alucinada la vista por millones de hermosísimos rayos de luz reflejada que la hieren de continuo, anonadada la inteligencia al no darse cuenta momentánea de cómo sencillísimas causas produjeron efectos tan admirables, que el ánimo se turba, el corazón se inquieta, latiendo de un modo desusado, y la razón no comprende la posibilidad de que aún el materialista ateo más obcecado y henchido por una ciencia incapaz de crear un solo átomo de materia, deje de caer de rodillas exclamando: *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem!*...

En la expedición dirigida hace algunos años por el profesor sueco Nordenskiöld, recorrieron los expedicionarios la tierra comprendida en el mar desde Kara hasta la embocadura del Ob ó del Tenisei, con objeto de encontrar una vía entre Europa y Asia.

Una de las maravillas que admiraron los expedicionarios fué la gruta de Reno, en la isla de este nombre, á unos sesenta kilómetros de la villa de Tromso.

La galería principal de esta gruta, alta y ancha de más de cinco metros, y de una longitud diez veces mayor, se bifurca en el centro para dar origen á otra avenida más estrecha y larga.

El suelo está inundado del agua de un arroyo que nace entre las peñas. El techo está maravillosamente labrado con estalactitas sorprendentes, que sin duda han sido causa de que los habitantes del país la respeten supersticiosamente como á una gruta encantada.

Los expedicionarios suecos penetraron en ella con guías del país, que perdieron desde entonces el miedo; y el grabado de la pág. 116 representa la visita de los viajeros y la caída, sin consecuencias, de un guía indígena en el arroyo de la gruta.

LAS CRUCES DE QUEZALCOATL

Brillaba en el fondo del teocali de Cholula la esplendente estatua. Un penetrante perfume de azaleas, de resedas, de bromelias y orquídeas, embalsamaba el ambiente. Cuatro colosales flameros de cobre figurando serpientes de cascabel, con la cabeza cubierta de rosadas plumas de catatúa, alumbraban el templo.

Sobre un alto pedestal de rojizo cedro cubierto de bajo relieves incrustados de pedrería, resplandecía la sagrada imagen de Quezalcoatl, el sabio, el pacífico, el legislador. Allí se alzaba con majestad augusta: blanco y ovalado el rostro, larga y rizada la cabellera, espaciosa la frente, espesa y suavísima la barba. Centelleaban dos enormes carbúnculos en el fondo de sus órbitas, y parecían de encarnadísimo coral sus labios. Cubría su cabeza una ancha tiara cuajada de topacios y amatistas, y desde el cuello á los pies envolvíale una rozagante camisa á cuyo lado hubiera sido menos cándido el ampo de la nieve del Popocatepec: toda la túnica estaba sembrada de cruces de rubíes, símbolo de los cuatro vientos. Llevaba en una mano una hoz de tallado pedernal con el mango de oro, y empuñaba con la otra un cayado hecho de una gruesa caña, sobre la cual se enroscaban los anillos de una serpiente de cuya cabeza brotaba un ramillete de azuladas flores.

Hondo silencio reinaba en el teocali, al cual se subía por una escalinata de ciento veinte gradas. No iban ya en peregrinación á Cholula los centenares de miles de devotos que un tiempo antes de la llegada de los españoles acudían á adorar al *Cemi*. La guerra asolaba todo el Anahuac, y los extranjeros habían acabado con la dominación azteca, dando muerte al generoso y valiente Cuahutemoc, estrangulado en una oscura selva del país del Sur, más allá del Alcalán. Velaban, empero, los sacerdotes de Quezalcoatl; esperaban aún el cumplimiento de las profecías, la vuelta del dios benéfico, misericordioso, civilizador.

Sólo cuatro doncellas había en el santuario, incensando al ídolo con resina de copal y de choobba, que ardía en pebeteros de oro; eran hermosas á cual más las cuatro vírgenes, de agraciado rostro, de gentilísima apostura, de nobles ademanes. Vestían, sobre una luega túnica de algodón blanco, unos como albornoces de igual color, con curiosos rapacejos carmesís, y adornábanse la cabeza, el cuello y los desnudos brazos con bien trabajadas joyas de plata y pedrería, que suavemente resaltaban sobre la rosada piel.

Entonaban las cuatro mujeres melodiosos cánticos en honor á Quezalcoatl, y recordaban las historias del antiguo dios, del dios virgen, del dios puro, del dios bienhechor de los mortales, cuando permaneció por espacio de cuatro años en la cumbre de Tzoltzitepec, entregado á las más austeras penitencias, mientras meditaba sabias leyes que promulgó luego un heraldo suyo, con voz que se oía á trescientas leguas á la redonda; cuando descubrió la agricultura, las industrias y las artes; cuando predicó la paz y la mansedumbre y prohibió los sacrificios humanos, substituidos por ofrendas de flores y de frutos; cuando maldijo la sanguinaria guerra; cuando los árboles, las plantas y las hierbas rendían pingües cosechas sin que nadie hubiese de cultivarlos; cuando de los algodonereros brotaban filamentos de todos los colores, y el ambiente estaba saturado de perfumes, y surcaban los aires aves de irisado plumaje y melodioso canto.

Y cuando las cuatro vírgenes habían acabado de entonar loores á Quezalcoatl, conmemoraban sus largas peregrinaciones: recordaban su llegada, procedente de un lejano país del Oriente; allá, muy allá, á la otra parte de los mares; las asechanzas de los hechiceros, que le obligaron á abandonar á Tulla después de quemar sus palacios de esmeraldas, de nácar y de plumas; su entrada en la Anahuac; donde lloró recostado en una roca, dejando marcada en la dura piedra la huella de sus lágrimas; su paso hacia el Sur, derramando á su paso toda suerte de beneficios: ora haciendo surgir fuentes de piedra para cruzar los ríos; ora dando á conocer las artes y las industrias que había inventado en su sabiduría (la metalurgia, el corte de las piedras, la pintura, la arquitectura, el bordado de plumas); ora dando nombre á los valles, á los bosques y á las montañas; ora traspasando una centenaria ceiba con una saeta de igual madera, de donde salía la figura de una cruz; ora levantando una piedra sobre su vértice, de tal manera, que la hacía bambolear la brisa y no hubieran podido desgajarla un millón de hombres; ora prodigando la instrucción y la caridad por doquiera, hasta que al cabo de veinte años de civilizador reinado abandonó el Anahuac, haciéndose á la mar sobre una almadía de serpientes, con rumbo al país donde sale el sol, seguido de miríadas de aves que le acompañaban con sus gorjeos y le acariciaban con el suave roce de sus alas.

¡Dulce, santo, bondadoso Quezalcoatl! ¿Cuándo volverá del Oriente el bienhechor augusto de los antiguos nahoas?

Y he aquí que penetra de pronto en el santuario fray Diego de la Tabla, en cuyo atezado rostro se advierte que ha mucho tiempo abandonó su monasterio de Medellín, para seguir las banderas de Cortés y convertir

infielos. Despavoridas las vírgenes, intentan huir del tocái ante la presencia de aquella sombra, que envuelta la cabeza con ancho capuchón, levanta en alto con la diestra la imagen de un hombre clavado en una cruz.

Háblales el fraile en la dulce lengua del Anahuac, y las doncellas, como hechizadas al rumor de aquella voz que resuena en el santuario, cual las melodías del viento al susurrar entre las cañas, se detienen.

Y la voz sigue murmurando, y dice: «¡Hijas mías! ¡Hijas mías!...» y las vírgenes escuchan unas palabras de amor, de caridad, de perdón, de esperanza en mejor vida; palabras que conmueven dulcemente el corazón cuando dicen: «Amaos los unos á los otros... Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados los humildes;» palabras que enajenan cuando prometen una vida eterna, cuando ensalzan la mansedumbre, la misericordia, la paciencia; cuando predicán la igualdad entre los hombres; cuando magnifican la bondad y la clemencia de Dios.

Y no acaba nunca de fluir aquella voz, más suave que la leche de la nuez del coco, más penetrante que el calor ardiente de los valles de Potuchan. Y las doncellas, arrobadas, pasmadas, exclamaban arrojándose de rodillas ante Fr. Diego:

—¡Por tu boca está hablando Quezalcoatl, el señor de los cuatro vientos, el justo, el piadoso, que ha vuelto por fin de la tierra de donde sale el sol!

Entonces el fraile, trocándose en rugido como desencadenado huracán su voz apacible como el murmullo de la brisa, exclama:

—¡No! ¡No habla por mi boca el falso dios! ¡Anatema al abominable cemi! ¡Perezca el ídolo maldito! ¡Habla por mi boca Jesucristo, Redentor del mundo! ¡Adoradle á El!

Trémulas las cuatro mujeres le adoraron, y mientras enajenadas contemplaban de rodillas en la penumbra la imagen del Crucificado, derribaba el fraile los flameros y los arrojaba sobre el ídolo; en un momento ardió el sagrado simulacro, y cuando azoradas las vírgenes contemplaban los estragos del incendio, vieron con maravilla cernerse en lo alto las cruces de rubíes de la vestidura de Quezalcoatl, y posarse sobre su frente, sus labios y su pecho, mientras se oían por los aires angelicales voces que decían:

«¡Tomad las cruces y seguid al fraile!»

A. O.

EL LENGUAJE SILBADO

Todo el mundo conoce el lenguaje hablado, el lenguaje escrito, etc., etc.; pero muy pocos, seguramente, han oído hablar de la posibilidad de transmitir las ideas por medio del lenguaje silbado.

El hecho es, sin embargo, innegable, y de ello cita un ejemplo el doctor V..., agregado al Museo de Historia Natural de París.

Enviado con una comisión á las islas Carolinas, dirigióse cierto día el doctor á un pueblo de la montaña para hacer observaciones científicas, acompañado de un guía que le proporcionaron. Como hacía mucho calor por el camino, la conversación fué decayendo, hasta que por fin interrumpióse por completo.

El guía iba delante, contestando de tiempo en tiempo á los silbidos con que algunos pastores que cuidaban de sus rebaños saludaban al pasar al viajero.

Cuando llegaron al pueblo, ¿cuál no sería la admiración del doctor al ver reunidos, con el Alcalde y el Cura á la cabeza, á unos cincuenta enfermos que solicitaban los auxilios del extranjero?

Los pacientes habitantes, en doce leguas á la redonda, habían sido advertidos en lenguaje silbante por el guía de que un médico de París encaminábase á la población, dispuesto á dar consultas gratuitas, porque era muy bueno.

El lenguaje silbado ha debido emplearse en todos los tiempos y por todos los pueblos, pues desde el momento en que se hizo sentir la necesidad de comunicarse á distancia á través de un país escabroso, el silbido sirvió de lenguaje. Heródoto recuerda que los habitantes trogloditas de Túnez «hablaban silbando.»

El lenguaje silbado de la isla de la Gomera es un verdadero idioma articulado. Juan de Bethencourt lo indicaba ya cuando la conquista de aquellas islas. En nuestros días multitud de viajeros hablan de este lenguaje, entre los cuales pueden citarse J. Brown, Edwards, el Dr. Verneau y el alemán Quedenfeld, quien ha analizado las entonaciones musicales anotándolas en música.

En una de las sesiones de la Academia de Ciencias de París, el viajero M. Lajard manifestó que durante muchos meses de estancia en la isla había tenido la paciencia de aprender primero el español para hacerse comprender de los habitantes, y luego el lenguaje silbado, del cual le dieron allí lecciones.

Entonces descubrió que aquel idioma era sencillamente «el español silbado.»

Para producirlo, los indígenas hacen lo mismo que los granujillas de nuestras ciudades, introduciendo en la boca los dedos en diversas posiciones, ó colocando la lengua en forma acanalada.

Para una misma palabra, la escala de las notas es recorrida de distinto modo, según la persona que silba.

Los sonidos se prolongan tanto como largas sean las palabras. Las articulaciones corresponden exactamente á las sílabas habladas, sólo que al silbar se produce un sonido más, que engaña al observador. El primer silbido es únicamente una interjección que sirve para advertir al interlocutor.

Después que M. Lajard tuvo perfecto conocimiento del lenguaje silbado, convenciéndose que era posible sostener con él largas conversaciones, aún sobre los asuntos más diversos y extraños.

NECROLOGÍA

S. EMA. EL CARDENAL GASPAR MERMILLOD

El día 23 del pasado Febrero cumplió un año que en Roma entregó su alma á Dios este valiente Prelado.

Nacido en Carouge, cerca de Ginebra, el 22 de Septiembre de 1824, ya en su infancia dió muestras de ardor apostólico, evange-

lizando en el colegio mixto de Ginebra á sus condiscípulos protestantes.

Elevado al sacerdocio, en breve dió á conocer en la administración parroquial todas las cualidades que debían hacer célebre su nombre. Habiendo aceptado el encargo de levantar una iglesia en el barrio obrero de Ginebra, recorrió Europa tendiendo la mano y pagando las limosnas con tesoros de santa doctrina en la predicción de la divina palabra.

El 22 de Septiembre de 1864, el mismo día que cumplía cuarenta años, fué preconizado vicario apostólico de Ginebra con el título episcopal de Hebrón. El Gobierno ginebrino contestó al acto de Pío IX con un decreto de expulsión contra el Ilmo. Mermillod. La tormenta que se desencadenó, fomentada por los viejos católicos, dispersó al rebaño fiel, y la iglesia de Nuestra Señora, que había dedicado á la Santísima Virgen, fué profanada con un culto sacrílego. Los años del destierro fueron crueles y prolongados.

Al fallecer el piadoso Obispo de Lausana, Su Santidad León XIII designó al Ilmo. Mermillod para sucederle. Este nombramiento, recibido con júbilo por toda la diócesis, constituyó un primer paso hacia la pacificación religiosa en Suiza. S. Ilmo. rigió las Iglesias de Lausana y Ginebra desde 1883 hasta 1890.

A principio de este último año el Sumo Pontífice le distinguió con la sagrada púrpura, como premio de una vida de apostolado, con el título de los Santos Nereo y Aquileo.

Al salir de Suiza, el Emmo. Mermillod dejó esperanzas de pacificación y el germen de una libertad conquistada.

ILMO. JUAN MARANGO

arzobispo de Atenas, delegado de la Santa Sede en Grecia

Este venerable Prelado sucumbió el 17 de Diciembre en una casa de campo de los alrededores de Esmirna, donde los médicos le habían aconsejado pasase el invierno en reposo absoluto. La noticia de su muerte afligió sobremanera á cuantos tuvieron ocasión de apreciar las eminentes cualidades del ilustre Arzobispo.

El Ilmo. Marango era servidor celosísimo de Dios y de la Iglesia, y por sus dotes de corazón é inteligencia se hizo digno de la elevada posición que ocupaba en Grecia, donde se había conquistado la veneración y simpatía de los principales personajes del reino, y aun el soberano le dió repetidas muestras de consideración y aprecio.

Nació en Syra el 31 de Marzo de 1833. Muy joven fué á Roma, en donde estudió con lucimiento en el Colegio de la Propaganda. En 1865 fué nombrado Obispo titular de Troade y coadjutor del Obispo de la isla de Tinos, á quien sucedió el año siguiente. En 1875 fué llamado al arzobispado de Atenas, sede recientemente restablecida: con grandes trabajos, dotó á su diócesis de una iglesia catedral y de un colegio.

Los funerales verdaderamente regios que se le hicieron en Atenas el 28 de Diciembre, mostraron cuán grande era su popularidad, y fueron al mismo tiempo un triunfo para la Religión católica.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

P. S. B., de la comarca de Olot. 125 ptas.

Para las Misiones de África

Francisco del Piélagos, de Santillana.. . . . 20'35 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.